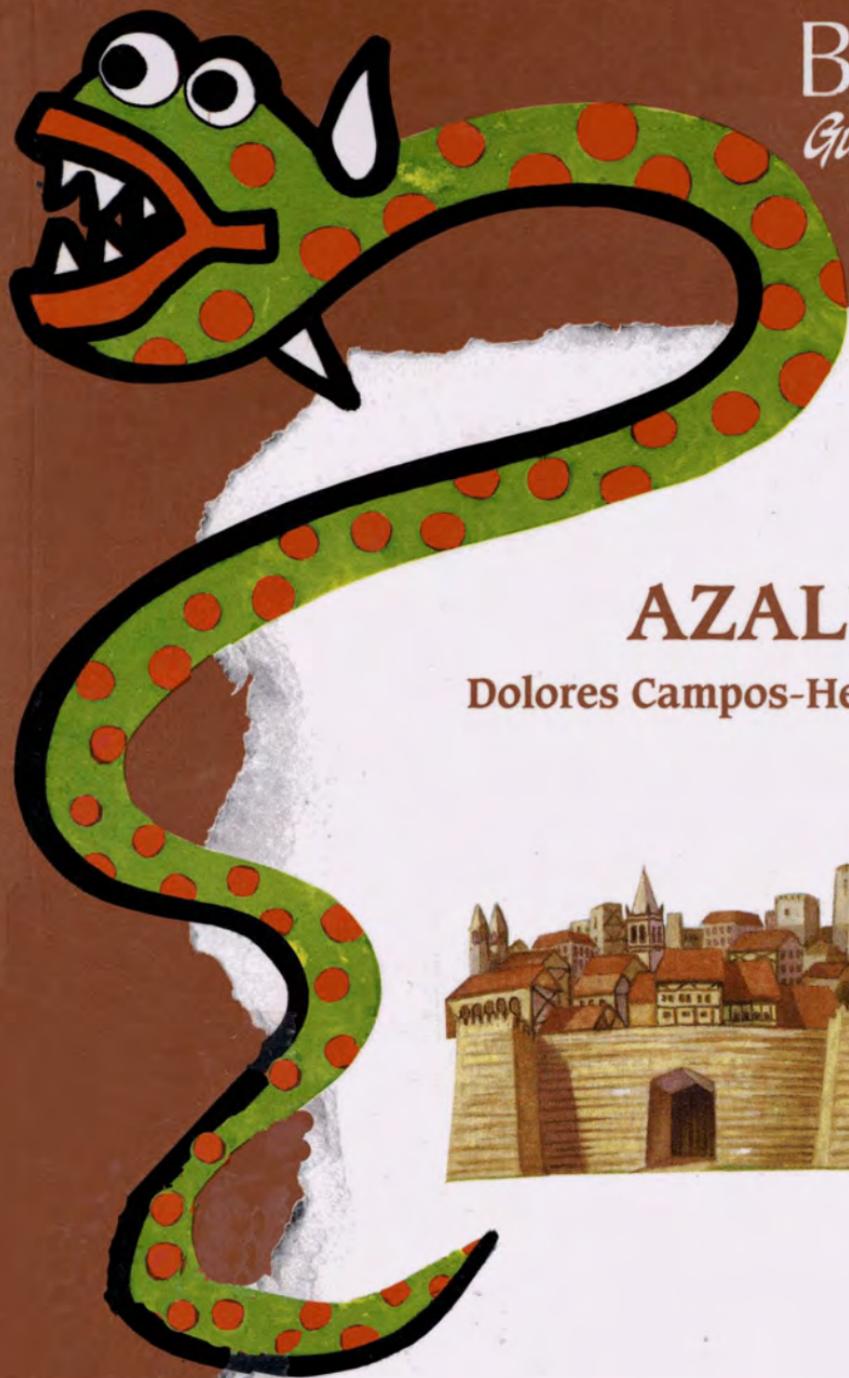


BIBLIOTECA
INFANTIL
CANARIA

Guayete



AZALEA

Dolores Campos-Herrero



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2005

ANAYA

VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS



Azalea

Premio Atlántico de Literatura Infantil 1993
Premio Atlántico de Ilustración 1993

AZALEA

Dolores Campos-Herrero

Premio Atlántico de Literatura Infantil 1993

Ilustración:
Manuel Toledo

Premio Atlántico de Ilustración 1993

ANAYA

VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS



Viceconsejero de Cultura y Deportes: *Miguel Cabrera Cabrera*
Directora General de Cultura: *Hilda Mauricio Rodríguez*
Coordinador: *Maximiano Trapero*
Corrección: *Juan Antonio Martínez de la Fe*

Director de la colección: *Emilio González Déniz*
Diseño de la colección: *César Manrique*

© Del texto: Dolores Campos-Herrero, 1993
© De las ilustraciones: Manuel Toledo, 1993
© Viceconsejería de Cultura y Deportes
del Gobierno de Canarias, 1993
©De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 1993
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

1.ª edición, diciembre, 1993

ISBN: 84-207-5699-7

Depósito legal: M.36.302/1993

Compuesto en PUNTOGRAPHIC, S. L.

Sol Naciente, 31. 28027 Madrid

Impreso en ORYMU, S. A.

Ruiz de Alda, 1

Polígono de la Estación. Pinto (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Página 9
Capítulo 1

Página 35
Capítulo 2

Página 61
Capítulo 3

Página 77
Capítulo 4

Página 97
Capítulo 5

El amor es un sitio para estar.
Alrededor se borran los caminos.
Gloria Fuertes

1

ÉRASE que se era un país muy lejano. Un país tan remoto que ni siquiera aparecía en los mapas multicolores.

Nunca se oyó decir que viajero alguno osara adentrarse en la maraña de sus bosques o remontar sus siempre caudalosos ríos. Incluso contaban, los que alguna vez habían escuchado hablar de él, que a sus linderos apenas llegaban los rayos del sol.

En el centro de aquel reino brumoso y perdido había, claro, un imponente castillo.

—El castillo de irás y no volverás... —surraban las madres de este lado del mundo. Y los niños díscolos, que escuchaban terribles historias al amor de la lumbre, terminaban cerrando los ojos rendidos por el sueño y el miedo.

Y era precisamente allí, en aquel malha-

dado castillo, donde vivía el Príncipe más triste que viera nunca vasallo alguno.

Se despertaba al alba y andaba todo el día por los largos corredores como alma en pena. Apenas comía y se mesaba las rubias y largas guedejas con el gesto melancólico de quien ha perdido un bien muy amado.

Sin embargo, el joven futuro monarca, que nunca había salido más allá de los confines del palacio, diríase que lo tenía todo.

Durante sus diecinueve años de vida cuantos deseos expresara en voz alta habían sido satisfechos al punto.



En las deliciosas veladas y en los animados bailes que en los salones reales cada semana se celebraban, era siempre, aunque él no lo quisiera, el centro.

Las más hermosas muchachas se lo disputaban.

—Debería hacer un viaje —dijeron los sabios del reino.

—Un gran viaje —confirmaron los nigromantes. Los astrólogos que fueron consultados y pasaron siete días y siete noches observando el firmamento y descifrando sus extrañas claves llegaron también a idéntica conclusión.

El Príncipe recibió la noticia con total indiferencia. Su tristeza no disminuyó pero tampoco aumentó ante la perspectiva de dejar las murallas y los intrincados parajes por los que con frecuencia distraía su hastío, entregado al ardor de la caza.

El día de su partida, la luna era alta y redonda y sus súbditos lo aclamaron con el desasosiego de quienes temen hacerlo por última vez.

Y el joven partió con cuatro de sus más leales servidores.

Cabalgaron durante días, durante semanas enteras, y siempre el paisaje era el mis-

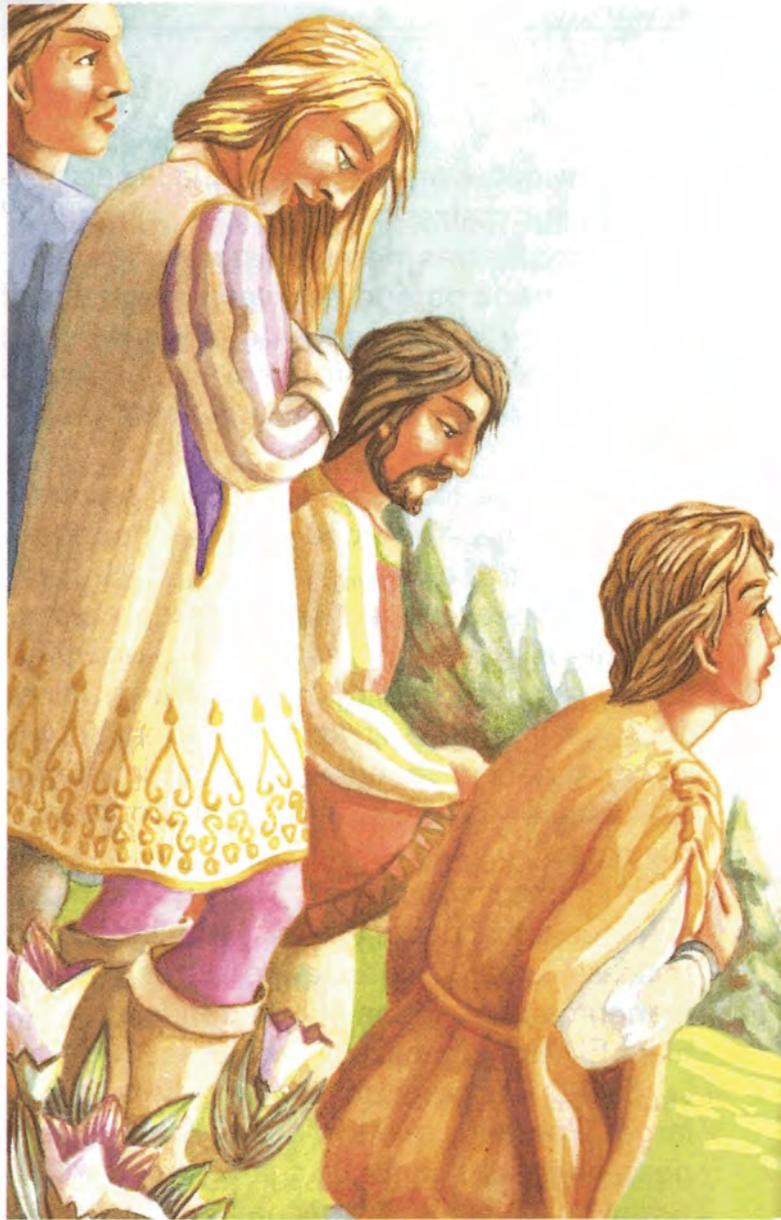
mo. La vegetación era espesa y la luz de plata teñía sus rostros.

Al cabo de tres meses divisaron una aldea. Fue una suerte porque los víveres empezaban a escasear y las monedas de oro que reposaban en las anchas alforjas pesaban demasiado y parecían ansiosas por cambiar de manos.

Cuando se iban acercando, les sorprendió la mañana. Y era una mañana luminosa. El sol comenzó a despuntar por el horizonte. Y el Príncipe y sus servidores quedaron deslumbrados por aquel resplandor desconocido del que habían oído hablar a los sabios. Hincaron las rodillas en tierra y bajaron la cabeza como hacían cuando el rey, descendiente del Hacedor de todas las cosas, se ponía ante sus ojos.

Y entonces comprobaron que era cierto que el sol tenía cualidades extrañas, cualidades parecidas a las de las grandes hogueras que permanentemente ardían allí de donde ellos venían. El calor comenzó a inundar sus cuerpos.

Entre risas empezaron a despojarse de los largos y pesados mantos, de los espesos jubones y abrigadas camisas, cuando acertaron a pasar por allí tres muchachas.



—Hola, bellas jóvenes, ¿podrías decirnos cuál es el nombre de esta parte del mundo?

Las tres muchachas se miraron con sorpresa. Estuvieron un rato mudas como si realmente estuvieran preparando una larga y enojosa respuesta hasta que una de ellas rompió el silencio.

—Ujú —dijo.

—¿Cómo? —preguntó el Príncipe extraño, mirando atentamente el rostro de las otras.

—Ujú —repitió la segunda.

Y la tercera, como viera que los cinco rostros forasteros se dirigían a ella con renovada expectación, confirmó lo que ya habían adelantado sus compañeras.



—Ujú —susurró con un hilillo de voz.

—Creo que no nos habéis entendido bien —pronunció el Príncipe despacio—, os hemos preguntado por el nombre de este lugar.

Las niñas abrieron mucho los ojos. Temblaron como azogadas y echaron a correr no sin antes proferir al unísono un grito que sonó exactamente así: «Ujú».

Los hombres continuaron su marcha.

—Extraño lugar... —dijo el Príncipe pensativo mientras se acercaban a aquella villa resplandeciente. Todavía no habían entrado en sus calles y ya se apreciaba la algarabía, el animado bullicio, el ir y venir de un lado a otro. El profuso movimiento de un burgo comercial en el que compradores y vendedores se afanan por el mejor trueque.

—Lo primero que haremos —decidió el Príncipe— será entrar en alguna fonda y regalarnos con una buena comida.

Y así hicieron. Y toparon con una casa de la que salían los más confortadores aromas. En ella entraron. El panorama era francamente delicioso: un hombre comía un faisán en una esquina y, en la otra, una partida de orfebres saciaba su sed con un vino dorado. En general, reinaba la más franca alegría. Los comen-

sales no hablaban sino que más bien colmaban sus apetitos y miraban con risas disimuladas a la joven posadera, una muchacha hermosa que peinaba su abundante cabellera rubia en una trenza dorada.

La joven se plantó delante de ellos y los miró con sus bonitos ojos interrogadores. Y enseguida el Príncipe se sintió herido por los dardos de aquella mirada. Parecía que no iba a salirle la voz, pero, al cabo, con tono acariciador, pidió para él y sus amigos la mejor carne asada y abundante vino rosado.

Ella, la extraordinaria muchacha, sonrió como si lo hubiera entendido todo.

—Ujú —pronunció y su voz fue como el murmullo de las olas.

La muchacha corrió a la cocina y la verdad es que el Príncipe sintió frío. Quién sabe, a lo mejor era a causa de una emoción desconocida.

Al rato, la muchacha volvió con diversas fuentes repletas de deliciosos manjares que nada tenían que ver con la carne asada. Trajo más tarde dos o tres jarras de vino y, mientras iba dejando las cosas sobre la mesa, él observó sus delicadas y blancas manos. El Príncipe tomó delicadamente una de ellas y la niña pronunció un ujú espantado.

Fue inútil indagar, preguntarle cosas porque la graciosa criatura a todo contestaba de una manera que al Príncipe se le antojaba idéntica. Ujú, ujú, ujú...

Se resistían los viajeros a dejar aquel confortable hogar y por vez primera en muchas lunas, en muchos meses, la cara del Príncipe pareció distinta. Como si hubieran borrado del rictus de su boca aquella tristeza irresistible.

—Príncipe, ¿de aquí adónde iremos? —preguntó uno de sus hombres.

—Podríamos volver... —aventuró un segundo al notar que la melancolía de su señor comenzaba a disiparse.

—Buena idea —terciaron los otros dos caballeros.

Pero el Príncipe pensaba seguir descubriendo las maravillas de aquellos reinos de los que nunca desde su palacio oyera hablar.

—Ahora buscaremos el mar —dijo—, pero antes tengo que hacer algo.

Cuando sus hombres estuvieron preparados, dispuestas las cabalgaduras y las alforjas llenas de víveres, el Príncipe comenzó a revolver toda la casa.

No le costó mucho encontrar a la muchacha. Estaba plácidamente sentada junto a la

ventana de una habitación pequeña. La luz de la tarde encendía su pelo. Cuando ella lo vio entrar de improviso, se levantó asustada. Ése fue el momento que él eligió para cargarla sobre sus hombros y correr con ella.

La joven se quedó aturdida. Sus sentimientos eran tan confusos que no dijo ni ujú.

—Príncipe —opinaron sus súbditos—, no está nada bien que una persona de su rango vaya por los caminos secuestrando doncellas.

—Ajá —dijo el Príncipe por toda respuesta.

Y los caminos, que no tenían ni principio ni fin, se abrieron generosamente ante sus ojos.

Aquellos primeros días en que cabalgaron juntos fueron desordenados. Un viento desapacible los acompañó durante leguas y una extraña opresión mantenía mudos a los jóvenes. Apenas se atrevían a proferir palabra, y el Príncipe, que había sido atacado en los primeros momentos de su hazaña por una rara locuacidad, de repente quedóse abstraído.

—¿Tomamos el camino de la derecha o el de la izquierda? —preguntaban con frecuencia sus servidores y él se limitaba a dedicarles una mirada larga que los hombres interpretaban como un mal presagio.



Mientras tanto, la muchacha iba sumida en quién sabe qué pensamientos, pero, aunque a veces diríase que había en su cara un gesto taciturno, por lo general daba la impresión de que se sentía alegre de dejar atrás la aldea floreciente en que había vivido toda su vida.

Aunque al principio se vio obligada a montar a la grupa del caballo del Príncipe, pronto tuvo su propia cabalgadura. Y es que no tardaron el Príncipe y su séquito en encontrar por el camino a un tratante de animales que les vendió un buen corcel por diez brillantes monedas de oro que se acuñaban en aquel reino que el joven ya casi había olvidado.

Comoquiera que la muchacha llevaba unas finas ropas, sucedió que a la quinta noche sintió un súbito ataque de frío. Entonces el Príncipe se desprendió de la capa de púrpura que llevaba y se la echó por los hombros, por aquel cuerpo delicado y aterido.

—¿Os sentís mejor, hermosa mía? —preguntó el heredero, recuperando, por primera vez en muchos días, el uso de la palabra.

Ella respondió que ujú y, aunque a los oídos de cualquier vulgar mortal aquello sonara como una simple palabra, el Príncipe

entendió cientos de cosas y fue como el más expresivo y largo discurso que jamás en su vida escuchara.

Después él fue, solícito, a llevarle su ración de comida y juntos degustaron aquellas sabrosas aunque humildes viandas. Y es que la presencia de ella, aseguraba el Príncipe, todo lo ennoblecía.

Ella, con aquella manera de hablar que para todos era un enigma, dijo que se sentía feliz en su compañía, que no tenía a nadie en el mundo y que, de continuar en la aldea, habría terminado en manos del cocinero de la posada, un hombrón entrado en años y de ojos turbios que hacía tiempo la requetaba.

Él reservó para más adelante revelarle cuál era su auténtica condición dado que había observado que a la niña su oportuno secuestrador parecía únicamente un caballero descendiente de alguna digna familia.

—Mis sentimientos no son nada frágiles. Os prometo un amor que dure tanto como mi propia vida —prometió el Príncipe de forma solemne. Y a partir de ahí, los cuatro vasallos que les acompañaban asistieron perplejos a un largo intercambio de lo que para ellos eran simplísimas interjecciones.

—Ujú —susurraba ella.

—Ajá —convenía él, que mostraba la más radiante faz que viera vez alguna hombre sobre la tierra.

Y así, interminablemente...

En tan dulce armonía pasaron las jornadas siguientes. Atravesaban caminos durante el día y por la noche buscaban refugio y abrigo en las posadas que encontraban al paso.

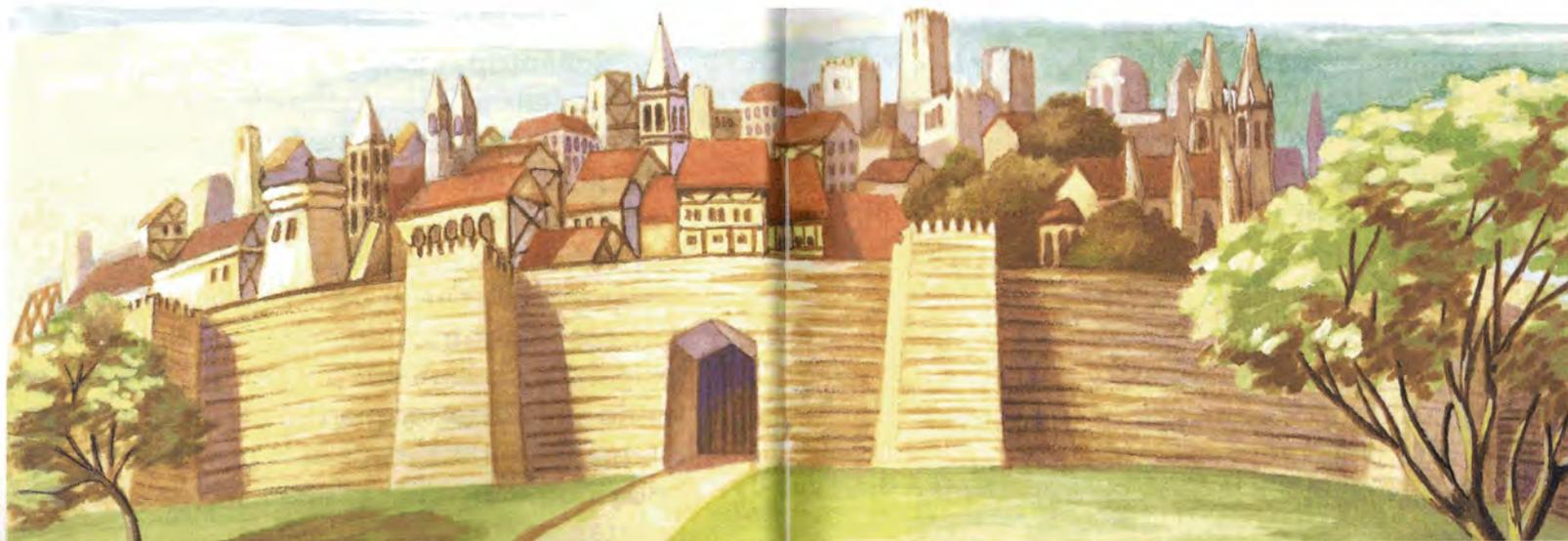
Después de varias semanas de andar por senderos de polvo llegaron a una ciudad. Las almenas de un castillo se vislumbraban en la distancia. Entonces el Príncipe volvió a tener otra vez la tentación de contarle a la muchacha a cuánto le obligaba el destino. Pero la veía tan feliz y despreocupada que temía que las responsabilidades de un reinado próximo turbaran su quietud.

Su cabello, tan sólo recogido por cintas de colores, serpenteaba al viento.

Cuando llegaron a las murallas de la ciudad, las encontraron cerradas. Dieron fuertes golpes en la madera y ya estaban preparando un discurso que dejara claro que sus intenciones eran de paz, que eran simples viajeros de paso, cuando una de las pesadas puertas se abrió.

Lo que vieron ante sus ojos les llenó de inquietud.

El hombre que les franqueaba el paso no tenía rostro. Allí donde el resto de los humanos tienen ojos, nariz y boca, veíase como una especie de masa de humo. Con un movimiento de cabeza les invitó a entrar y entonces pudieron ver cómo todos los habitantes de aquel lugar, que diligentes iban de una ocupación a otra, carecían de cara. Hombres, mujeres y niños mostraban idéntica apariencia y sólo se distinguían unos de otros por



el cariz de sus ropas y la complexión de sus cuerpos, unos de miembros desarrollados y otros enclenques. Viejos, jóvenes y recién nacidos, todos eran idénticos.

La muchacha lanzó un ujú de espanto y por un momento imaginó que los dulces rasgos de su amado se evaporaban en una nube semejante a la que con tanta profusión aparecía ante sus ojos.

Pese a aquel extraño espectáculo y dado que las leguas recorridas habían dejado exangües sus cuerpos, decidieron buscar un lugar

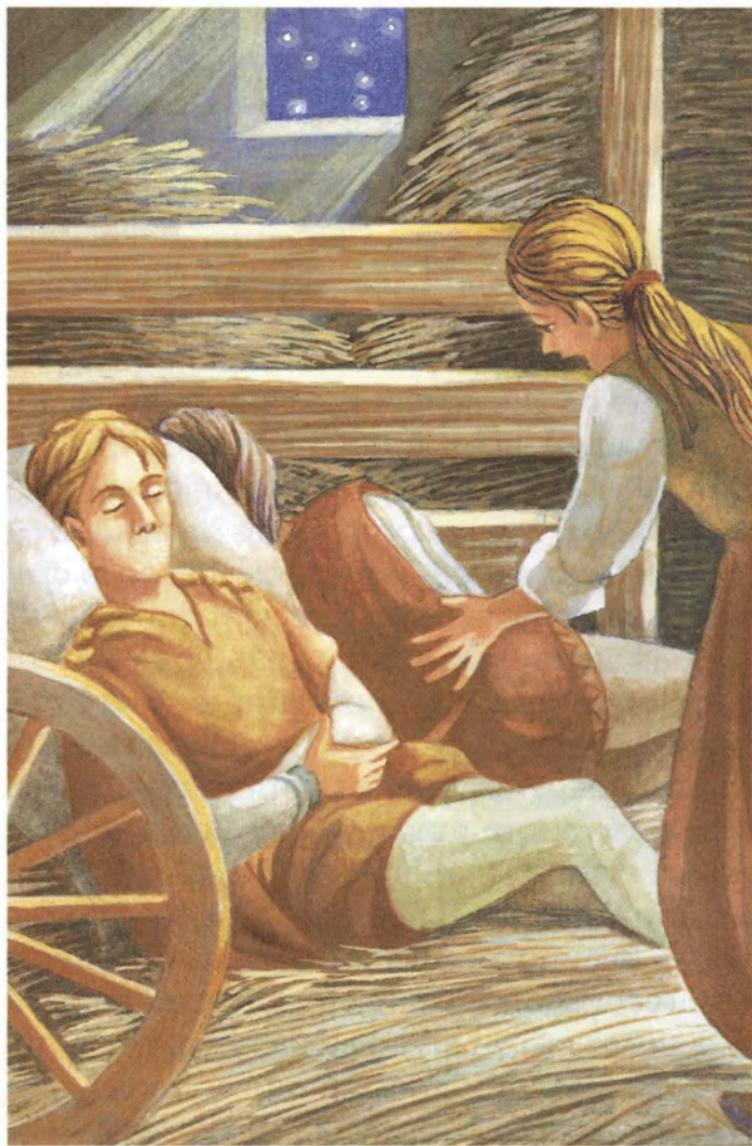
seguro en el que pasar la noche. Les resultó difícil porque aquel lugar no tenía posadas. Tan poco acostumbrados estaban a recibir forasteros...

Finalmente encontraron una antigua cuadra en la que, sin despojarse de sus ropas, dejaron caer sus rendidos cuerpos.

Llevaban algunas horas dormitando cuando la muchacha se despertó con un sobresalto. El corazón le latía con furia y, mientras con la mano sobre el pecho intentaba apaciguar aquel desbocado galope, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y fue reconociendo los perfiles que ya antes viera. Todos descansaban apaciblemente.

Más serena, la joven se detuvo en los rostros de los que dormían, y cuál no sería su espanto cuando de repente se percató de que el semblante de uno de los hombres había comenzado a borrarse. Allí donde antes había unos labios firmes y un pequeño bigote se abría paso una niebla difusa.

Aterrorizada, zarandeo al Príncipe. Éste, una vez despierto y comprendiendo la naturaleza del peligro que corrían si continuaban bajo el cielo nocturno de aquella ciudad, apremió a sus hombres a ensillar los caballos y



emprender de nuevo la marcha. El que había perdido parte de la cara fue quien con más premura y diligencia preparó sus cosas. Cuando estuvieron listos cabalgaron al galope hasta las puertas de la ciudad, que, por cierto, encontraron abiertas. Pese a no hallar ningún obstáculo en el camino, el Príncipe llevaba la mano junto a la espada, dispuesto a desenvainarla a la primera dificultad.

Una vez que se vieron fuera de los confines de aquel lugar, todos respiraron hondo. El hombre al que se le había esfumado la mitad del rostro miró a sus compañeros con unos ojos en los que la tristeza, por contraste con la bruma que llenaba su cara, parecía redoblar.

—Nuestra voz será como tu voz —intentaron consolarle sus compañeros. Y el Príncipe sintió pena porque ya no volvería a escuchar aquellos entonados cantos con que el caballero, ahora mudo, solía saludar a la luz del sol algunas mañanas.

Con los días y el cansancio, su aspecto fue siendo lastimoso. Sucias las ropas y los cuerpos, resultaban un extraño espectáculo para quienes se cruzaban en su camino. Un joven delgado pero prodigiosamente animoso, una bella muchacha que dominaba una extraña jeri-

gonza y un hombre al que le faltaba parte del rostro. El resto del séquito tan sólo destacaba por el hedor que desprendían sus vestimentas.

Sin embargo, como casi todo mal tiene remedio, una mañana soleada llegaron a los márgenes de un tranquilo riachuelo. Allí, primero los hombres y, después, la muchacha bañaron sus cuerpos y lavaron unas ropas que más tarde secaron al sol.

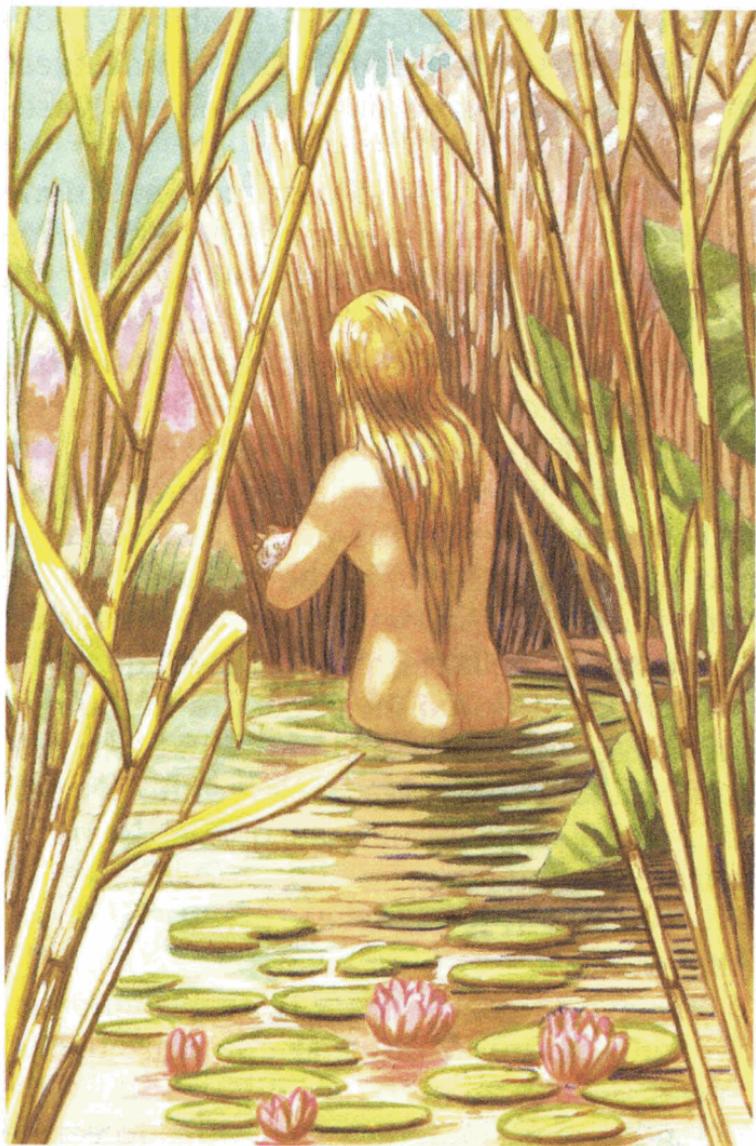
Junto al río, crecía una exuberante vegetación y allí, entre aquella espesura, encontraron frutos y hierbas aromáticas con los que saciaron el hambre que ya, después del baño reparador, comenzaba a embargarles.

Fue en aquella memorable jornada cuando el Príncipe cayó en la cuenta de que no conocía el nombre de su adorada. Se lo preguntó. Ella, ruborizada, se lo confió y resultó ser tan impronunciable que el Príncipe decidió cambiárselo.

—Desde hoy —aseguró— te llamaré Azalea.

Él, aunque se llamaba Ernesto, sólo podía ser nombrado por ella con un ujú muy suave.

En los días siguientes sucedió algo verda-



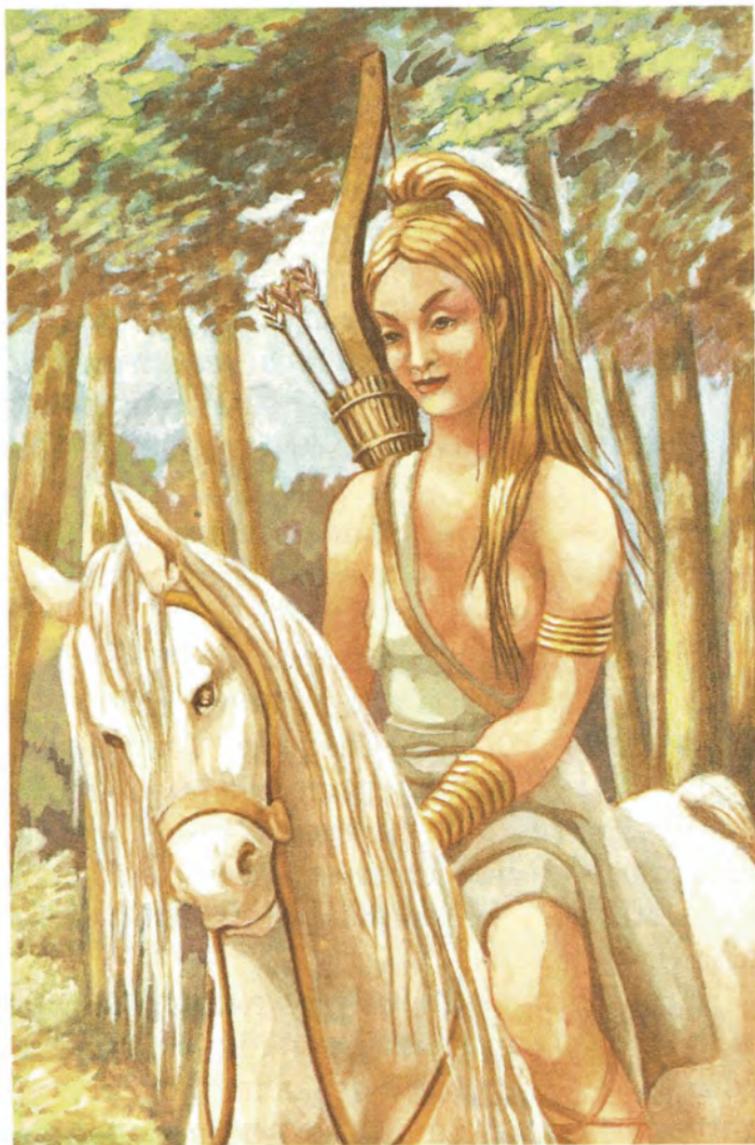
deramente prodigioso y fue que en un recodo del camino encontraron una pequeña reunión de casas y hallaron que allí vivían tres familias y todas, como el caballero que había perdido la voz, habían tenido la terrible ocurrencia de pasar parte de la noche en la ciudad que nuestros protagonistas habían dejado atrás. Así, había niños a los que les faltaban las orejas y en su lugar tenían un halo de humo, mujeres sin nariz y hasta un atractivo labrador al que el ojo derecho se le había esfumado.

—Éstos son mis iguales, aquí debo quedarme —anunció, con un extraño lenguaje de signos, el servidor del Príncipe.

Intentaron persuadirle, pero él les aseguró que no se podría acostumbrar jamás a la curiosidad que por su desgracia suscitaba.

—A lo mejor encuentras una buena mujer que te comprenda —le desearon. Y seguramente así fue porque en aquel poblado vivía también una joven con boca de nube y cintura fina.

Con lágrimas en los ojos abandonaron a aquel que durante tiempo había sido un fiel compañero. Y cuando de las manos del antiguo amigo que se agitaban no quedaba más



que un levísimo rastro, decidieron otear el horizonte.

Oyeron ruido. Primero resultaba difícil distinguir su origen, pero no tardaron mucho Azalea y los cuatro hombres en descubrir que era el ligero trote de un caballo lo que en la espesura del bosque se oía.

Pronto quedó ante su vista el motivo de aquel monocorde sonido. Y no era otra cosa que un jinete. Pero no era un jinete normal, sino, por el contrario, una montaraz amazona, una mujer de tan extraordinaria belleza que todos quedaron absortos contemplándola. Llevaba, además, la mitad de su cuerpo desnudo.

—Me llamo Artemisa —dijo, mirando a los hombres, retadora.

Todos notaron como un incendio en sus cuerpos y Azalea, por primera vez en muchas semanas, sintió que una inmensa pena le crecía. Empezó desde las piernas y terminó anudándole la garganta. Dijo algo, pero nadie la escuchaba.

2

EL hechizo procedía de su cuerpo (de formas tan perfectas que más parecía una diosa que una mortal criatura nacida de mujer), pero también del melodioso canto que salía de su garganta; una garganta del color de las palomas.

—¿Cuál es vuestro camino? —preguntó.

—A fe mía, que no llevamos ninguno —se apresuró a responder el más antiguo de los escuderos del Príncipe.

—Entonces, acompañadme —dijo la aguerrida—. Me gustará disfrutar de vuestra compañía.

Azalea intentó protestar, pero fue inútil. Cualquier tentativa de hacerse oír estaba condenada al fracaso. Sus ujús en ese momento habrían resultado incomprensibles incluso para el Príncipe. Así que, sin remedio, los cua-

tro hombres siguieron el camino que Artemisa sin vacilaciones había emprendido.

Mientras se aproximaban a un claro del bosque, la mujer recién descubierta no dejaba de entonar aquel estribillo que parecía paralizar la voluntad de los cuatro jinetes varones.

—Es hermosa la canción que cantáis —exclamó el mayor de todos, quien, a la sazón, lucía una llamativa capa verde.

Artemisa lo miró de soslayo y le sonrió de aquella manera cautivadora que había aprendido de varias generaciones de amazonas.

—Esta noche —dijo indolente— podremos cantar alguna juntos.

Y en pos de aquella promesa siguieron penetrando en un bosque rumoroso.

Sobre las copas de los altos árboles podían verse retazos de un cielo despejado, pero para Azalea era como si las nubes más negras se hubieran cernido sobre ellos.

Tan apesadumbrado era su ánimo.

No tardaron mucho en llegar al lugar en que vivía. Se trataba de un apartado refugio construido en el interior de una cueva, cerca de una cascada. Lo primero que vie-

ron al entrar fueron los restos de un venado asado.

—Soy la mejor cazadora de estos contornos —explicó toda vez que se percatara de con cuánta admiración los hombres contemplaban las dimensiones de la res.

La mujer encendió la hoguera apagada. Mientras se hallaba en esos menesteres, ellos no podían apartar la vista de su cuerpo.

—Ay de mí —se quejó, para sí, Azalea.

Cuando el fuego estuvo otra vez avivado, Artemisa rebuscó por el interior de su albergue. A través de cavidades semejantes a cámaras y recámaras sus pasos retumbaban, ora próximos ora lejanos. Después de unos instantes, la anfitriona volvió con varios odres repletos de vino.

—Ha llegado —anunció alegre— el momento del descanso.

Se sentaron en torno al fuego y comenzaron a comer abundantes porciones de aquel asado mientras unos y otros se confiaban las aventuras que a lo largo de sus vidas les habían acontecido.

La doncella raptada estaba sentada al lado del Príncipe, hecha un ovillo, sin ni siquiera probar bocado de aquel que seguramente

era un suculento manjar. El Príncipe Ernesto no reparaba, sin embargo, en tan alarmante hecho...

—Os contaré la vez que yo sola vencí a treinta y seis caballeros armados —empezó a hablar aquella mujer que era esa noche el centro de todas las cosas.

—¿Tú, sola? ¿Sin más auxilio que tu coraje? —preguntó incrédulo el de la capa verde.

La hermosa comenzó el relato por toda respuesta:

—¿Habéis oído hablar del año de la gran sequía? —interrogó y cerró los ojos mientras una pavesa pareció temblar en sus largas pestañas.

—Venimos de muy lejos... Todas estas tierras son desconocidas para nosotros.

—Pues bien, hace dos años una terrible sequía asoló estas regiones. Las malas cosechas provocaron grandes hambrunas. Y habríais de ver las grandes columnas de gentes que fueron internándose por estos bosques. Fue tanta la invasión que un día decidimos reunirnos en consejo las mujeres que por estas tierras habitamos.

—¿Únicamente mujeres? —preguntó pensativo el de la capa verde.

—Sólo mujeres... —dijo débilmente mientras sus ojos esmeralda se posaban en los hombres.

Un vino de color rojo se deslizaba por sus gargantas...

Cuando Artemisa se interrumpió, el Príncipe también quedó en suspenso con la copa preparada para recibir aquel líquido que producía bienestar.

—Seguid bebiendo, no os interrumpáis —pidió y reanudó su relato—. Decidimos montar guardia continua e impedir el paso, y así lo hicimos. Pero no juzguéis duros nuestros corazones porque a los caminantes que llegaban exhaustos y hambrientos les ofrecíamos comida, bebida y buenos consejos.

—¿Buenos consejos?

—Más hacia la izquierda, siguiendo un camino sinuoso y al principio lleno de escollos, se llega a unas tierras feraces. Hacia aquellos campos conducíamos sus pasos...

Azalea, que sentía profunda antipatía hacia aquella montaraz criatura y, dado que carecía de apetito y puesto que entre sus hábitos no se encontraba el de las libaciones, se levantó sin que nadie reparara en ella.

Con un cierto temor y evidentes preocu-

paciones porque la luz cada vez era más escasa, entró en aquel laberinto de paredes que constituían el interior de la morada de Artemisa.

—Pero un día, a medida que se propagaba la noticia, se presentaron media docena de hombres. «Eres tú —gritaron con voces agrias— quien nos va a impedir continuar por donde queramos nuestro camino.» Eran vividores, truhanes, desertores de algún ejército, que en las fechorías y las malandanzas habían encontrado su forma de vida...

En su inspección, Azalea llegó primero a un espacio que en las edificaciones habituales recibiría el nombre de estancia. Allí reinaba un profundo desorden, pero entre aquel maremágnum de cosas, viejos utensilios y variados trebejos de caza, se encontró con una ingente cantidad de ropas de hombres. Capas, camisas y jubones de distintos tamaños y colores se amontonaban en un rincón. Este descubrimiento sorprendió a la joven, pero la interrogante que este hallazgo abría no le impidió seguir fisgoneando por otros recovecos de la morada.

—Yo les respondí que así era y ellos empezaron a reírse como patanes. Y cuando uno



todavía intentaba desenvainar, yo ya lo había ensartado con la espada que había conseguido arrebatarse a otro. Pocas hay como yo tan certeras y ágiles en la lucha y antes de lo que se dice amén los seis hombres yacían a mis pies y habían entregado sus almas al Creador.

»La noticia se extendió y durante seis días fueron llegando otros tantos seis caballeros que con sus armas querían desmentir la veracidad de la hazaña. De todos di buena cuenta.

Como quiera que sus compañeros de cena se miraban con cierto temor entre sí, Artemisa rió y, con el más encantador de los gestos, añadió:

—Pero vosotros nada tenéis que temer, seguid bebiendo, por favor.

Casi se había agotado el vino. Ella había bebido en grandes proporciones, pero apenas si se le notaba síntoma alguno de embriaguez. Con paso seguro se levantó y fue a buscar más de aquel bálsamo para las penas.

Azalea oyó sus pasos y se escondió detrás de unos arcones, pero fue una precaución innecesaria porque la voluntariosa y enérgica mujer estaba lejos.

Ella y sus invitados seguían llenando sus

copas de vino cuando Azalea llegó a lo más profundo y escondido de la cueva.

Allí nada se veía salvo unos fugaces destellos que le hicieron pensar en los fuegos fatuos de los que tanto oyera hablar en su infancia. Como nada distinguía determinó usar la cajita de yesca que apenas hacía una hora había cogido del suelo, cuando se le cayó al caballero de la capa verde.

La frotó y consiguió una débil luz. Entonces se sintió nuevamente derrotada.

Atemorizada, sin fuerzas, vio ante sus ojos un tremendo osario, restos de gran tamaño que parecían haber sido víctimas de una fiera atroz. Y sólo entonces se dio cuenta del hedor y de que también yacían por allí cadáveres de hombres cuya muerte era relativamente reciente.

Quiso desandar lo andado y se equivocó cientos de veces y es que aquello era un laberinto del que costaba salir. Se paró e intentó recordar cuál había sido el trayecto por el que había llegado hasta allí. Hizo y deshizo el camino hasta que finalmente tomó la dirección adecuada.

Cuando llegó a la recámara en la que dormía Artemisa, dio un respingo. Encima de la

cama color corinto descansaba el cuerpo desnudo de la hechizadora y, a su lado, despojado de la capa verde y del resto de sus ropas, yacía aquel que era el más antiguo servidor del Príncipe.

Un abrazo los unía y ambos parecían dormidos.

Antes de huir precipitadamente Azalea vio la profunda herida que se abría en su cuello. Era un golpe tan limpio y certero que la cabeza aún parecía parte del cuerpo.

Corrió cuanto pudo y lo más silenciosamente que fue capaz. Se dijo que hubiera sido terrible que Artemisa despertase de aquel sueño causado probablemente por el abundante vino. Cuando llegó al punto de partida, el Príncipe y el resto de sus hombres seguían allí, en el mismo sitio en el que ella, no hacía demasiado tiempo, los había dejado.

Pero estaban completamente borrachos...

Al principio no supo qué hacer. Zarandear al Príncipe y al resto de los caballeros hubiera servido de poco en aquellas circunstancias. Además, estaba tan impresionada por lo visto que las palabras se le habrían aturrullado en la boca si hubiera intentado explicar la situación.

Las cosas, sin embargo, no podían estar peor.

Se paró un instante a pensar y enseguida determinó llevar a cabo una idea que le empezó a rondar.

Rompió la túnica blanca, aquella preciosa pieza que apenas hacía dos días le había regalado el Príncipe después de regatear largamente con unos mercaderes.

Rasgó concienzudamente la tela hasta convertirla en largas tiras. Después, con un ligero temblor en las rodillas pero con una determinación valiente, se acercó al lecho de Artemisa. Su cuerpo aún se encontraba ahíto de alcohol, así que, aunque a lo mejor la sintió aproximarse, apenas pudo mover un músculo.

La mortal palidez del caballero de la capa verde llenó a Azalea los ojos de lágrimas. Y en parte por un impulso de vengar aquella muerte y en parte cegada por los celos, porque aquel que hasta hacía unas horas era su amado parecía haberla olvidado, a punto estuvo de buscar una daga. Algún arma punzante que le proporcionara el placer de ver hundir su mortal punta filosa en tan nacaracadas carnes.

Pero ella no podía manchar sus manos en una acción semejante, así que, venciendo la repugnancia que tocar a su rival le provocaba, la ató fuertemente. También tuvo la precaución de amordazar su boca no fuera que una vez despierta comenzase a cantar y la dulzura de su voz hiciese que sus compañeros de viaje perdieran la cabeza con sólo escucharla.

Una vez maniatada, volvió junto a los durmientes, que seguían roncando a pierna suelta.

Entonces recordó que muy cerca de allí había una cascada. Hacia aquel lugar se aproximó llevando uno de los calderos que habían servido para la cena. Lo llenó de agua y descargó su contenido sobre el Príncipe y sus caballeros. Hubo de hacer al menos tres viajes hasta conseguir que los remojados varones abrieran los ojos.

Cuando la mollera del Príncipe estuvo preparada para recibir alguna idea, ella comenzó a explicarle lo sucedido. Sus ojos llameaban de enfado y excitación y su discurso fue encendido, inspirado, vehemente, pero el Príncipe no la creyó. Puso cara de desprecio cuando ella pronunció el último ujú.



—No hay nada peor que una mujer celosa —exclamó y la miró con reconvención.

—¿Qué dice? —preguntaron sus hombres.

—Tonterías... bah —exclamó desdeñoso aquel que hacía sólo unos días se había sentido prisionero de su amor.

Fue cuando Ernesto alargó la mano hacia los restos del vino de la noche cuando Azalea, como una fiera mortalmente herida, se lanzó sobre él y le arañó las mejillas.

Se sorprendió el Príncipe y siguió el rastro emprendido por su cara llorosa. Entonces llegó a las estancias de Artemisa.

Hubiera querido no haber visto nunca lo que entonces vio.

—Debemos marcharnos —ordenó a sus dos hombres.

—Aquí lo vamos a pasar muy bien —dijo pícaramente uno de ellos que en ese instante había notado la ausencia del de la capa verde.

—Vámonos —repitió el Príncipe con expresión adusta—. ¿Acaso habéis olvidado quién soy yo y quiénes sois vosotros? —añadió, toda vez que aún advirtiera resistencia en sus hombres.

En un instante prepararon sus cosas y mientras avanzaban nuevamente por el bos-

que en pos de nuevos senderos, Ernesto relató cuanto le había contado Azalea y cuanto viera con sus propios ojos.

—Lástima... —dijo con un hilo de voz el más jaranero de sus hombres.

El otro guardó silencio, pero pensó exactamente lo mismo y es que ninguno podía dejar de pensar en ella, en la deslumbradora belleza de aquella mujer.

Azalea cabalgaba junto a ellos con la cabeza baja. La luz del día era todavía tan escasa que el Príncipe ni aun haciendo un gran esfuerzo habría podido ver cómo sus ojos se nublaban.

Pero de pronto su cara, que estaba empapada de pequeñas lágrimas, se llenó también de una lluvia gruesa.

Estaban en mitad de una furiosa tormenta.

Y conforme se internaban en lo más espeso de aquella arboleda, la tempestad se hacía mayor.

El cielo, que tenía una claridad lechosa, parecía abrirse en dos. Y el retumbar de los truenos volvía más siniestro aquel paraje.

Avanzaban, pero las herraduras de los caballos se hundían en un lodazal de barro y hierba.

El viento agitaba de tal forma las copas de los árboles que era difícil seguir rectamente un camino, por eso los viajeros comenzaron a sentirse cada vez más inquietos.

Tenían las ropas completamente empapadas ya cuando como a tres pasos de donde estaban cayó un rayo que con furia seccionó el tronco de una encina. Uno de los caballos huyó despavorido no sin antes derribar al jinete.

El cuerpo chapoteó en el suelo y alguien emitió un quejido largo.

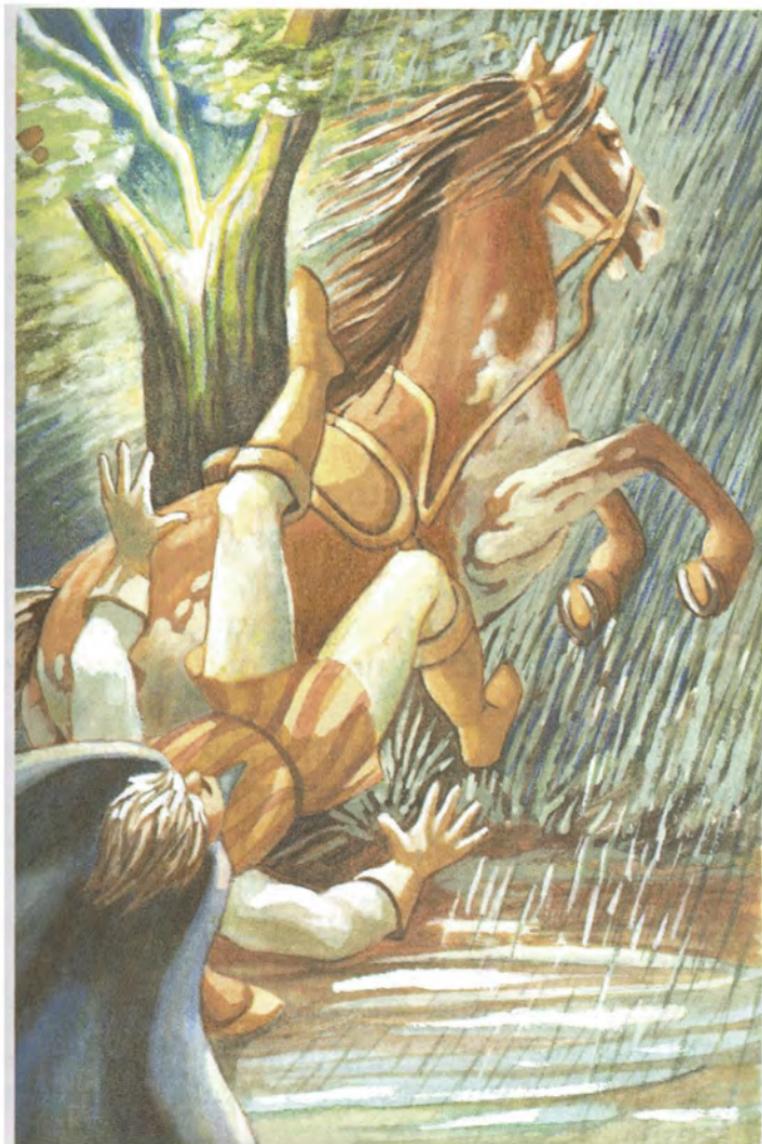
—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha sido?
—se alarmó el Príncipe.

—Ay, ay, ay... Creo que me he roto una pierna, mi señor —se quejó el más joven de los caballeros.

La comitiva se detuvo. Y como ya sólo tenían tres caballos para cuatro jinetes, Azalea tuvo que volver a compartir cabalgadura con el joven Ernesto.

Pese a estar tan próximos ambos evitaban hablarse.

Por fin, unas tres horas más tarde, encontraron una humilde choza construida con hojas de palmera en la que entraron para intentar cobijarse del interminable aguacero.



Estuvo lloviendo por espacio de diez días y diez noches y durante ese tiempo permanecieron, apenas alimentándose de hierbas, bajo aquel cobijo. Salió diez veces la luna y nadie escuchó la voz de Azalea, que por las noches soñaba que turbadoras mujeres venían a por el Príncipe y se lo llevaban lejos, entre sus brazos cálidos.

También en sus pesadillas veía con frecuencia a Artemisa. Lo que nunca supo fue que, apenas se habían alejado de ella, cuando la voraz mujer despertó. No le fue complicado liberarse de las ataduras y tampoco le hubiera resultado difícil alcanzar a los fugitivos. Fue precisamente el recuerdo del rostro apesadumbrado de la niña lo que la hizo desistir.

—Pobrecilla, cómo sufría —exclamó y no pudo evitar reírse porque para ella no existían los males del amor.

En aquellos días en que el camino estuvo esperándolos, el accidentado intentó con reposo recuperar el uso de su pierna malherida. Pero todo fue en vano. Cada vez que intentaba levantarse y caminar caía al suelo. Y los dolores eran también cada vez más intensos.

Finalmente una mañana se despertaron y el sol despuntaba cegador en el horizonte.

—Habrà que buscar ayuda —decidió el Príncipe que veía que su fiel servidor no mejoraba.

—Oh, señor, no os preocupéis por mí —exclamó el herido, que como pudo se encaramó al caballo, dispuesto a iniciar largas jornadas de camino.

Un día después llegaron a una pequeña villa. Aunque ellos habían perdido por completo la noción del tiempo, debía ser domingo porque los lugareños lucían trajes multicolores que no eran de faena y se respiraba en el ambiente esa imprecisa alegría de los días de asueto.

También encontraron instalada una pequeña feria. Allí se aprovisionaron de víveres y el Príncipe, que estaba deseoso de hacer las paces con Azalea, le compró un vestido nuevo.

Tampoco entonces la muchacha habló.

Allí, en aquella pequeña población, comenzaron a buscar a alguien con conocimientos de medicina, alguien que pudiera remediar los quebrantos del caballero de la pierna maltrecha.

—Si alguien puede ayudaros, ese alguien

es Abel, el ermitaño —les dijeron y les dieron las instrucciones precisas para llegar al lugar en donde moraba el eremita.

Tenía una edad incalculable. Era muy anciano. Eso se deducía por la larguísima barba blanca que prácticamente le llegaba a las rodillas. Su rostro, sin embargo, conservaba una lozanía desacostumbrada para alguien de avanzada edad. Su piel parecía de melocotón y ni una sola arruga surcaba aquella superficie amable.

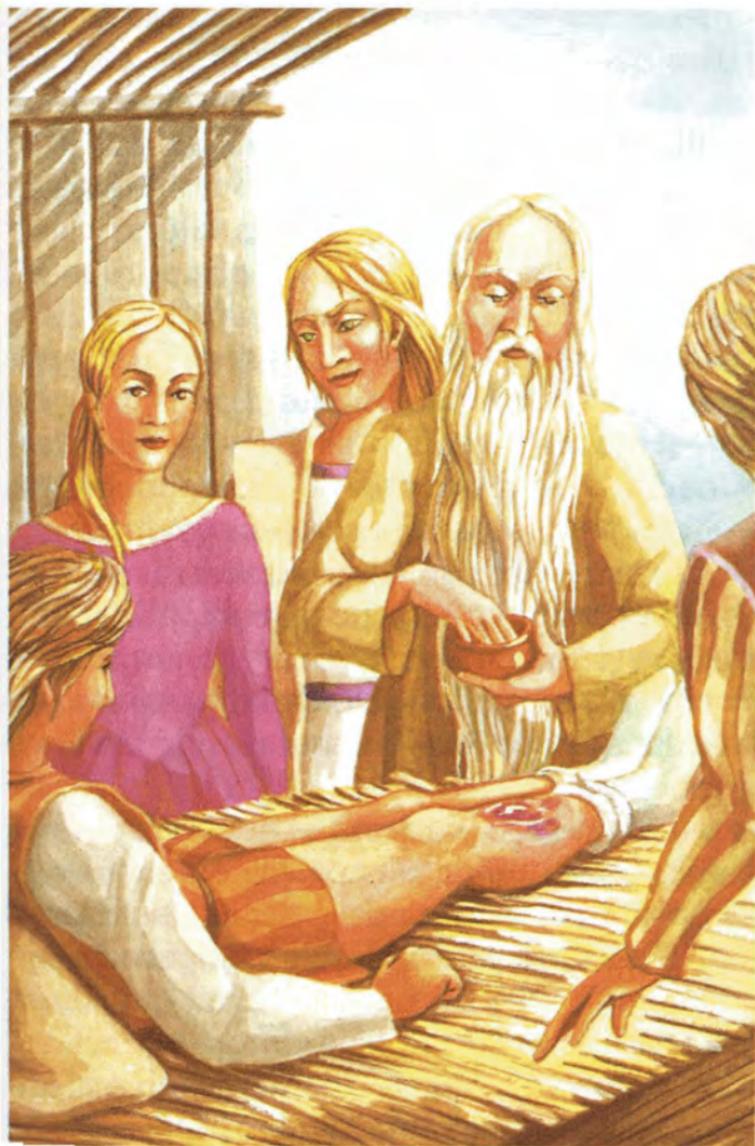
En cuanto supo a qué venían se dedicó a preparar un unguento. Una mezcla curativa que extendió sobre la extremidad del herido.

—Ahora —dijo, una vez aplicado aquel bálsamo— necesita reposo.

Aunque el sabio estaba acostumbrado a la soledad, un estado que voluntariamente había elegido, manifestó que no le importaba tenerlos como compañeros durante el tiempo que el enfermo necesitara para restablecerse.

Y así ocurrió.

Mientras el Príncipe, Azalea y el caballero restante hacían incursiones por las inmediaciones, maravillándose de las bellezas que por aquellos contornos era posible hallar, el sabio conversaba con el convaleciente.



Abel fue instruyendo al joven en las verdades que él, tras largos años de meditaciones, había descubierto.

Finalmente, llegó la mañana en que debían partir. Lo tenían todo preparado cuando aquel que ya casi estaba restablecido dijo:

—Señor, debéis seguir sin mí, porque mi destino ha venido a buscarme.

Todos quedaron perplejos menos el ermitaño, que sonrió débilmente.

—Hijo mío, ¿estás seguro de tu determinación? —preguntó—. Debo advertirte —añadió— que la vida retirada es dura.

El rostro del converso estaba resplandeciente como si una luz desconocida lo iluminase. A todo contestó con un sí enérgico. Al Príncipe, a su compañero de fatigas y al viejo eremita que conocía los secretos de la vida y la muerte.

Cuando se separaron, el nuevo ermitaño vestía ya las humildes ropas de quienes deciden olvidarse del mundo y de sus fastos.

En los últimos días había adelgazado notablemente y ya no parecía aquel que siempre había sido.

Volvieron al camino y comenzaron a avanzar sin dirección alguna. Y recorrieron varias

leguas en profundo silencio, apesadumbrados por aquel que habían dejado atrás.

Eran ya un exiguo grupo, formado tan sólo por dos hombres y una pequeña mujer. El hecho de ser cada vez menos les hizo empero sentirse más unidos.

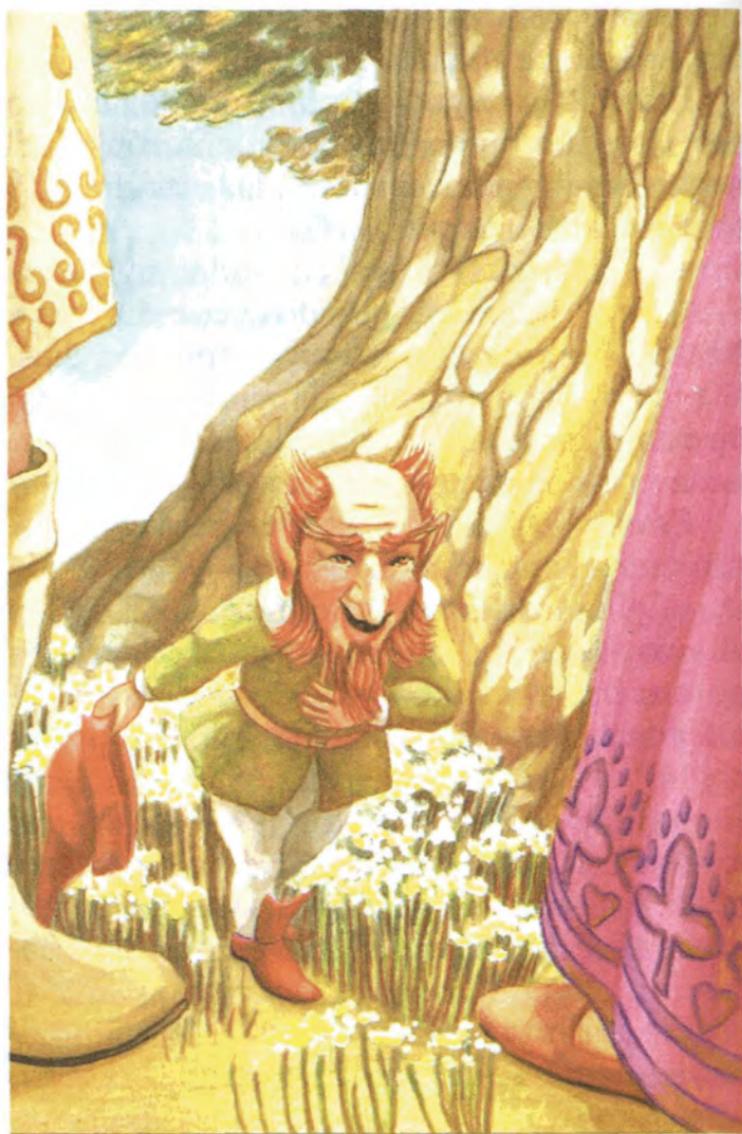
—Cuando te notes cansada, avísanos —dijo el Príncipe dirigiéndose con dulzura a Azalea. Y por primera vez en muchos días, ella lo miró con amor. Y aunque la fatiga empezó muy pronto a debilitarla, no quiso quejarse por no ser un estorbo para ellos.

Estaba ya cayendo la tarde cuando entraron en un bosque de cedros.

—¿Quiénes sois? ¿Adónde vais? —dijo una voz. Por más que miraron a todos lados no pudieron ver de dónde procedía. Descabalgaron y otearon aquella masa arborescente.

—¿Eh? ¿Qué pretendéis? —volvieron a escuchar. Y si no fuera por el roce que notó Azalea en los bajos de su vestido no habrían advertido la presencia de aquella criatura.

Era un hombrecillo minúsculo, que apenas les llegaba a las rodillas y llevaba un gorri-
to rojo.



—Me llamó Dubidugis —dijo quitándose el casquete.

Después, dio una voltereta en el aire y lanzó un penetrante chillido.

3

DUBIDUGIS daba formidables saltos. Hacía las más inimaginables piruetas y después de decir su nombre parecía dispuesto a no volver a pronunciar palabra. Como si disfrutase con el asombro que su presencia despertaba en los recién llegados y no estuviese por ello dispuesto a revelar nada más sobre su reducida persona.

Tenía Dubidugis una expresión que a simple vista podría parecer traviesa si no se adivinase en ella además un cierto gesto malévolo.

—Señor, siempre he oído decir que estos gnomos o elfos no son más perversos porque más maldad no les cabe en sus pequeños cuerpos —susurró el caballero al oído de Ernesto.

Comoquiera que aquella criatura de los

bosques oyera el comentario, lanzó un tremendo bufido.

—Cáscaras amargas —maldijo el hombrecillo y los miró con unos ojos penetrantes que parecían dos alfileres. Después, con una agilidad asombrosa se encaramó al caballo de Azalea. Se empinó sobre unos piececillos calzados con mocasines rojos y se puso a soplar en el oído de la muchacha. Y fue como si un huracán entrase por los delicados conductos de su oreja. Azalea se puso mortalmente pálida y perdió el sentido.

Habría caído del caballo si el Príncipe, atento a aquellas extrañas maniobras duendiles, no hubiera estado junto a ella.

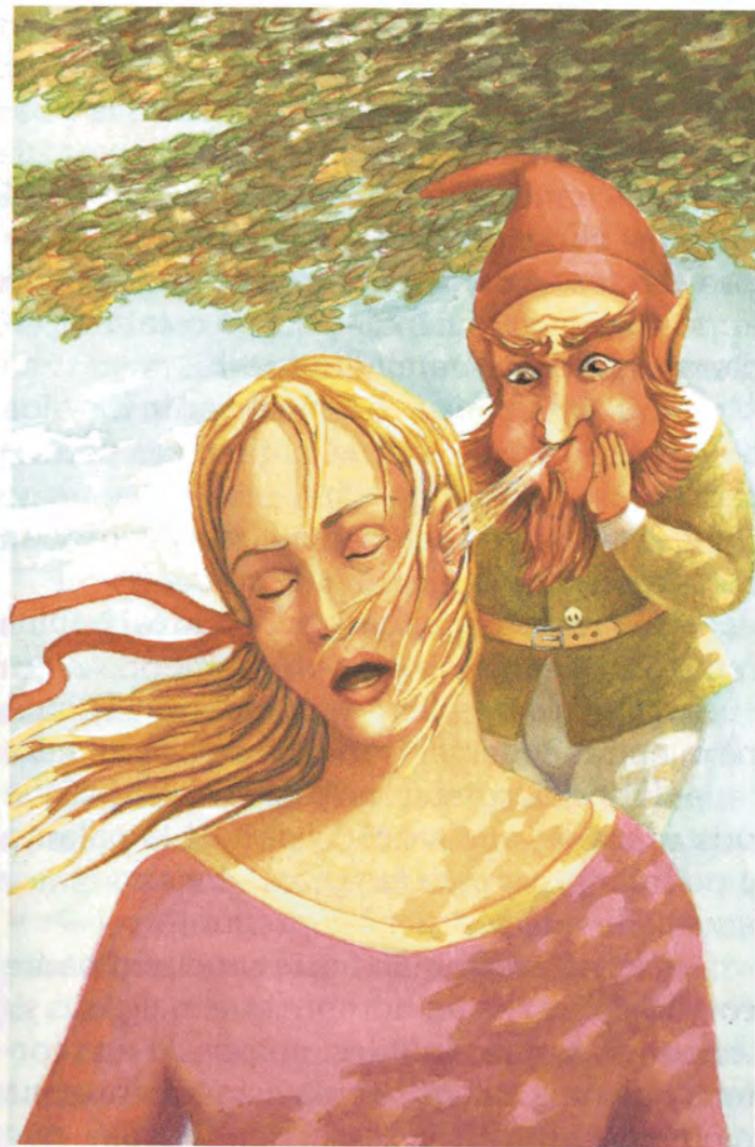
Parecía haberse sumido en un profundo sueño y, por más que su enamorado intentó reanimarla, siguió en aquel extraño estado.

—Maldito seas, ¿qué has hecho? —increpó el Príncipe.

Dubidugis se frotaba sus manecitas de dedos gordezuelos y no paraba de reírse.

—Ji, ji, ji, ji —su risa era ciertamente desagradable.

—Basta ya de juegos —se incomodó el Príncipe. Y como viera que aquel menudillo no estaba dispuesto a entrar en razón, hizo



ademán de atraparlo. Pensaba que una buena azotaina no le vendría mal, aunque no le gustaba abusar de la superioridad de sus condiciones.

Pero cuando intentó echarle el guante, el trasgo se zafó y acto seguido le cogió una mano y se la retorció con tanto empeño que parecía imposible que alguien de aquella estatura pudiera desplegar semejante fuerza.

—Ay, ay, ay —gritó Ernesto ante los ojos de su servidor, que se había quedado petrificado por la sorpresa.

—Ji, ji, ji ji —se carcajeó el otro. Después con voz chillona dijo:

—Cuando os hayáis serenado, hablaremos.

—¿Qué pretendes? —preguntó el Príncipe mientras aquel ser le miraba de hito en hito.

—Oh, quiero que me ayudéis. Se ve que sois educado, que tenéis el don de la palabra y podréis prestarme un gran servicio.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—No lejos de aquí vive un anciano padre con tres hijas. Es un hombre que malgastó su vida en aventuras inútiles, en pos de una fortuna que nunca llegó. Tenía este hombre una mujer que murió por las penalidades que

hubo de pasar para sacar adelante a sus hijas. Ahora el viejo vive arrepentido de sus errores y ha decidido dedicar sus últimos días a sus tres niñitas, de las que no quiere separarse bajo ningún concepto...

Mientras esto decía, Dubidugis no permanecía quieto, sino que por el contrario hacía raros visajes y contorsiones tan extrañas que era difícil escucharle con serenidad.

—Oh, las tres son delicadas y bonitas, pero la más pequeña, que apenas tiene quince años, es como una rosa. Tiene la piel de nácar y un pelo tan oscuro como el carbunco.

Los dos hombres, como ya comenzaban a adivinar adónde quería ir a parar, empezaron a enojarse. Ambos, sin embargo, se dieron cuenta de que lo mejor era que su desagrado no se notara.

Si querían que Azalea abandonase aquel estado y volviera a abrir los ojos, tendrían que someterse a la voluntad del duende.

—Lo que yo quiero... —dijo e hizo una pausa que a los que escuchaban se les antojó eterna.

—Lo que yo quiero —prosiguió— es quedarme con esa niña.

—Y quieres que yo interceda por ti

—añadió el Príncipe controlando su creciente malhumor.

—Ji, ji, ji, ji. Te diré que podría entrar por la noche en la casa y simplemente llevármela, ji, ji, ji. Y eso es lo que pensaba hacer, pero tu llegada ha sido providencial. Y he cambiado de planes.

—Y qué es lo que tengo que hacer.

—Oh, pues tocar en la puerta, presentarte como el heredero de cualquier corona, decirle tres paparruchas que la enamoren...

—Pero...

—Las mujeres son tan impresionables, te resultará fácil. Cuando le pidas al padre su mano, le das algo de dinero, ya te dejaré un buen botín. Y, después, me la traes a mí, que ya sabré yo qué hacer. Lo demás lo dejas en mis manos.

Como el Príncipe se quedara absorto, ligeramente contrito ante la perspectiva de tal acción, Dubidugis señaló a Azalea y dijo:

—Claro que también puedo quedarme con ésa... aunque no me gusta tanto...

—Haré lo que me pides. Sólo te pongo dos condiciones. Que me dejes acostar a Azalea en un lugar mullido y a salvo de las incle-

mencias y las fieras del bosque y que permitas que me acompañe mi escudero.

—Sea —concedió el enano—. Y no intentes engañarme...

Encontraron por los alrededores unas viejas casuchas abandonadas, y en una de ellas asentaron su cuartel general. Cuando llegó la noche encendieron un fuego y se guardaron mucho de caer dormidos. Pues era preciso encontrar un plan que desbaratara los malvados designios del hombrecillo.

—Estamos perdidos —se desesperó el Príncipe.

—No os rindáis tan pronto, señor —dijo el otro pensativo, como el que está madurando algún plan.

—Algo se nos ocurrirá, no lo dudéis —añadió quedamente. Como para sí...

A la mañana siguiente, nada más despuntar el alba, se pusieron en camino. Siguieron las indicaciones que el enano les había dado y vislumbraron a lo lejos la humilde morada del anciano.

Conforme se acercaban les pesaba el alma.

Con un trote lento llegaron hasta las mismas puertas de la vivienda. Descabalgaron y tocaron con los nudillos.

Salió a abrirles una joven de agraciada figura. Era trigueña y peinaba todo el pelo hacia atrás, recogido delicadamente en la nuca.

—Un momento, enseguida llamo a mi padre —dijo al ver a dos desconocidos en el umbral.

El padre de las tres muchachas era un hombre de formidable estatura. Y aunque todo su pelo había encanecido, aún no había cumplido los sesenta. Miró directamente a los ojos del Príncipe y le preguntó:

—¿Hay algo en lo que pueda ayudaros?

El Príncipe le pidió hablar reservadamente con él. Y así lo hicieron. Conferenciaron largamente. Ernesto no utilizó ninguna treta con él, sino que, por el contrario, le expuso cuál era la situación y cuáles las intenciones de aquel perverso habitante del bosque.

Al principio el buen hombre le escuchaba con cautela. Hubo otro momento en que apretó los puños de rabia y finalmente su rostro adquirió una tonalidad grisácea que revelaba la profunda preocupación que agitaba su ánimo.

Cuando las tres niñas supieron cuál era la amenaza que planeaba sobre sus vidas se abrazaron asustadas. La más pequeña tem-



blaba como una hoja, pero sacando fuerzas de flaqueza aseguró que estaba dispuesta a colaborar.

Prepararon las cabalgaduras y después de abrigar a la niña con una larga capa de oso, se dispusieron a partir hacia aquel claro del bosque en el que Dubidugis tenía el capricho de aparecerse. La niña, además de la capa, llevaba en su mano derecha un saquito de arena dorada.

Antes de despedirse su padre le dijo:

—La traje de las regiones de los desiertos. Espero que te sirva de ayuda como a mí me sirvió en su momento.

Y con este buen deseo emprendieron la marcha. Antes de ir a buscar al elfo, pasaron por la casa en la que Azalea dormía y cargaron con ella, que seguía en aquel estado cataléptico.

No lo veían por ningún lado. Empezaron a llamarlo a voces. Pero el trasgo se divertía contemplándolos desde la copa de un pino sin permitir que ellos se percataran de su presencia. Llevaba un rato así, saltando de rama en rama, siguiéndoles durante todo el camino.

—Es bonita la niña, la piel muy fina...
—se decía con los ojos brillantes—. La escondo.

deré en mi guarida y allí nadie la mirará ni la descubrirá. Aunque, claro, si no le da el sol, su delicada belleza se marchitará. Bueno ni por ésas... No dejaré que nadie la miré.

—Dubidugis, Dubidugis, estamos aquí, te traemos a Luisa —gritaban el Príncipe y su compañero.

El enano seguía en la copa del árbol calculándole a la niña los centímetros de la cintura.

—Ji, ji, ji, qué ricura —decía entre dientes.

Estaban ya hartos de dar vueltas por aquellos contornos. Entonces se sentaron en el suelo a descansar un rato y ése fue el momento que el diminuto aprovechó para dar un salto magnífico y ponerse, con su gorrito rojo y sus mocasines del mismo color, delante de la vista de nuestros amigos.

—Aquí estoy, muchachos. Linda joven la que os acompaña, ji, ji, ji.

Entonces, cuando extendió las manos hacia ella y le empezó a dar tironcitos en la capa, el Príncipe lo paró en seco.

—Eh, un momento, primero tienes que despertar a Azalea.

—Sea —concedió Dubidugis, que no podía

apartar sus voraces ojillos del ruboroso semblante de la chiquilla.

Se acercó a Azalea. Le dio un nuevo soplido en el oído y ésta abrió lentamente los ojos.

—Ahora os toca cumplir vuestra parte del trato —chilló el hombrecillo.

Luisa fue con paso firme hacia él. Llegó a su altura. Se paró en seco y cuando parecía que iba a extender su mano hacia aquella cara, como si voluntariamente fuera a acariciarla, le echó directamente a los ojos un puñado de arena dorada.

—Ajjj, maldita —chilló Dubidugis y en ese momento uno de los caballos jineteó y le dio una tremenda coz en las posaderas. Así, cegado y caído de bruces en la hierba lo dejaron mientras ellos emprendían un vertiginoso galope.

—Os acordaréis de mí, os acordaréis de mí —amenazaba el duende.

—Pues volveremos a encontrar la manera de burlaros de nuevo —le respondió el caballero.

Cuando volvieron a la casa, el padre y las hermanas de Luisa les recibieron con grandes muestras de júbilo. Y esa tarde, aquellas



habitaciones que generalmente eran testigos de la apacible vida de sus habitantes, fueron una completa fiesta.

La alegría llenaba de locuacidad a las tres hermanas y, aunque hubieran dado cualquier cosa por mantener una larga plática con Azalea, les resultó ciertamente difícil entender algunos detalles.

—Ujú —decía animadamente Azalea, que de aquel sueño prolongado había vuelto con un semblante más animado si cabe.

Las tres hermanas se miraban asombradas y se estaban preguntando de qué ignoto país procedería aquella muchacha, cuando Ernesto se aproximó a ella.

—Ajá —le susurró mientras le tomaba con ardor de una mano y se la llevaba hacia la parte más oscura de la estancia.

El caballero, por su parte, conversaba seriamente con el anciano.

—Lo mejor —decía el padre de las muchachas— será que busquemos algún otro sitio para vivir.

—De esa misma opinión soy yo también... —mientras esto afirmaba, no podía el caballero apartar los ojos de la mediana, la segunda hermana de Luisa.

Como el padre notara su interés se apresuró a confiarle con chanza:

—Elena prepara como nadie los erizos de moka.

—¿Cómo?

—Ja, ja, ja, es un dulce delicioso.

4

FUE el Príncipe el que tuvo que insistir. El caballero no quería separarse de ellos.

—Señor, mi brazo y mi espada han de estar siempre a vuestro lado —prometió el joven servidor, que se resistía a abandonar a la pareja, a pesar de que en los ojos de la bella Elena adivinaba todo un mundo prodigioso por descubrir.

—Aquí nuestros caminos se separan. Es el destino —pronunció Ernesto, agradecido por la lealtad del último de sus hombres.

La voz se le quebró de la emoción y los ojos se le nublaron cuando, después de un agradable almuerzo, comenzaron las despedidas.

—¿Vosotros qué haréis? —preguntó dirigiéndose a la nueva familia de aquel que fuera su amigo.

—Al otro lado de aquellas montañas que veis hay un valle. Su clima es de una gran bonanza. Allí nos asentaremos y labraremos la tierra —dijo el anciano colocando un brazo sobre los hombros del caballero. El caballero asintió y todo aquel ímpetu guerrero que tan bien había conocido Ernesto se trocó, en un instante, en un fortísimo deseo de una nueva vida apacible y tranquila.

—Si alguna vez pasamos por allí no dejaremos de visitaros —prometió Ernesto.

—Os daremos la bienvenida que merecéis —replicó el caballero.

Y así, con estas palabras y la perspectiva de nuevos encuentros, cada cual tomó su camino.

El de Azalea y Ernesto no tenía propósito definido. Aún ninguno de los dos había resuelto hacia dónde debían dirigirse. El Príncipe cabalgaba abstraído tratando de decidir qué hacer y pensaba que tal vez iba llegando la hora de revelar a Azalea cuál era su auténtica condición.

En cambio, la cabeza de ella era una verdadera confusión de ujúos que podían traducirse en un batiburrillo de sentimientos. Entre ellos no faltaba ni el placer de hallarse por

fin a solas con su adorado ni el temor de que Ernesto se cansase pronto de una chica con tan poca conversación.

En éstas iban cuando se cruzaron con un singular personaje. El cabello le caía por los hombros en largas guedejas como si hiciera años que no se peinara, mientras que una barba rala le cubría la mitad de unas mejillas que llevaba ennegrecidas.

Se veía que, por alguna razón, su paso era veloz. Pese a la prisa que debía llevar, el hombre se detuvo un momento.

—Buenos días —dijo cordialmente mientras se arrancaba con la mano derecha un bonetillo que llevaba encasquetado en la cabeza.

Ernesto contestó al saludo y observó que los pantalones ocultaban sus pies como si fuera tan pobre que se viera en la obligación de llevar las ropas de otro de más talla. También las mangas de la camisa colgaban por debajo de sus manos nudosas. Pero sólo esto fue capaz de ver porque en el tiempo en que se dice amén el hombre desapareció de su vista. Siguió su camino con paso raudo y enseguida no fue más que un punto lejano en el camino.

Iba diciéndose Ernesto que le hubiera gus-



tado preguntarle algo sobre el pueblo al que ya se aproximaban, cuando se tropezaron con otro hombre que reposaba a la sombra de un árbol. Dormía tan profundamente que ni siquiera escuchó el rítmico trotar de los caballos. Cuando llegaron a su altura, Ernesto descabalgó y le quitó el sombrero que le tapaba la cara.

—¿Eh, eh, qué pasa? —se agitó el dormido—. ¿Eres tú, Aurelio? —preguntó con los ojos todavía cerrados. A su lado, descansaban los aperos de labranza.

—Perdonad que haya interrumpido tan bruscamente vuestro descanso —se disculpó el Príncipe.

—Bah —dijo el otro—. Creí que erais mi hermano. Habéis tenido que cruzaros con él.

Azalea, que lo contemplaba todo desde la grupa de su caballo, se percató entonces de que los dos hombres eran idénticos en cuanto al rostro. Pero la estatura de ambos era notablemente distinta. El que descansaba bajo el árbol era sensiblemente más alto que el llamado Aurelio, pero, por lo demás, idéntica mugre les cubría la cara. Sus cabellos, aunque estaban descuidados, no eran tan largos.

—¿Éstas son vuestras tierras? —pregun-

tó Ernesto extrañado porque la porción de terreno que se extendía ante sus ojos estaba sin cultivar.

—Sí —replicó de mala gana el otro.

Se estaba levantando ya del suelo cuando de improviso una tromba de lluvia empezó a caer sobre ellos.

—Pues no será por falta de agua —pensó Ernesto en voz alta dirigiendo su vista hacia aquellas tierras descuidadas.

—No, no es por falta de agua, es que no nos gusta este trabajo —respondió el hombre desganado—. No es cuestión de que os empapéis, acompañadme a casa —añadió señalando en la dirección de una chimenea que sobresalía de una hondonada.

Hacia allá fueron y, en el camino, se hicieron las presentaciones pertinentes.

—Aquí sólo vivimos mi hermano Aurelio y yo —aclaró el hombre, que dijo llamarse Benjamín.

Estaba Benjamín haciendo como podía los honores de la casa, ofreciendo a los caminantes pan y queso cuando llegó Aurelio hecho una sopa.

—¡Attchís...! —estornudó nada más entrar.

Se extrañó de ver forasteros en la casa y sobre todo de la presencia de una linda desconocida. Para mirarlos mejor, se acercó a ellos y se apartó con una mano ruda el pelo de los ojos. Azalea se sobresaltó de ver tan cerca de la suya una cara tan fea. Aunque no podría decirse que fuera el de Aurelio un rostro desproporcionado ni malévolo.

Aurelio y Benjamín eran gemelos. Pero mientras uno corría de un lado para otro como alma que lleva el diablo, el otro sesteaba y sesteaba. Y ninguno de los dos parecía ser muy amañado en las tareas domésticas, a juzgar por el desorden que reinaba en aquella casa.

Aquel hogar con aquellos sujetos dentro olía a cuadra. Era tanto el hedor que Azalea no pudo más; prorrumpiendo en un ujú de desesperación se lanzó a una ventana y la abrió de par en par. Y con un frenesí que Ernesto nunca viera en ella se puso a buscar una escoba para, acto seguido, barrer y levantar unas nubes de polvo que amenazaban con tragárselos a todos. Después, sacó agua del pozo y baldeó las estancias.

Al fin logró poner un poco de orden. Sudorosa y cansada se sentó a terminarse su



ración de pan y queso, no sin antes dirigirles una mirada de reproche a Benjamín y Aurelio. Reconvención que ambos recibieron con expresión contrita.

—Tampoco os vendría mal un baño —dijo Ernesto adivinando lo que en ese momento, con toda probabilidad, pensaba ella.

—Es que en esta época del año el agua está muy fría —se quejaron.

Después, mientras llegaba la hora de caer rendidos por el sueño, conversaron y Ernesto y Azalea supieron que Aurelio estaba perdidamente enamorado de la hija del mercader de telas.

—Primero ella le dijo que no le gustaban los herreros y mi hermano abandonó la fragua y me convenció para que viniéramos a trabajar la tierra —contó Benjamín—. Pero ahora —añadió en voz baja y en un aparte— asegura que sólo aceptará a algún representante del noble oficio del comercio.

—Mala cosa es una mujer voluble —sentenció Ernesto, fingiendo un conocimiento en la materia que no tenía.

—Después —siguió refiriendo el hermano de Aurelio— aseguró que no soportaba a los donceles siempre preocupados por el

color de sus jubones y el corte de sus melenas y desde entonces este pobre hombre —y Benjamín señaló a Aurelio, que permanecía taciturno y con la vista baja— se ha procurado un aspecto rudo.

—Ujú —exclamó espantada Azalea.

—Demasiado rudo, diría yo —tradujo, al punto, solícito Ernesto.

—Ahora, finalmente, insiste en que sólo se casará con un hombre que no sea excesivamente alto, dado que ella, que tiene un talle espléndido y una cara hermosa, es perdidamente enana...

—Hermano, no la insultes —gritó Aurelio exasperado, y con ardor añadió—: sólo es deliciosamente bajita.

—Desde que se lo dijo, Aurelio camina ochocientas leguas cada día.

—Y ¿para qué?

—Una vieja charlatana que vende filtros y elixires le aseguró que ésa es la única manera de menguar que tiene el hombre. Lleva un año caminando de un lado para otro y ya ha conseguido reducir bastante su estatura. Pero Eudora, la enana, todavía lo considera un gigante. Todos los meses lo mide y todos los meses lo encuentra demasiado crecido.

—Así nunca la conquistará —sentenció Ernesto. Aurelio lo miró con una expresión de infinita tristeza. Para que no lo vieran llorar se tapó la cara con una mano.

—Te explicaré la manera —dijo el Príncipe—, pero antes de nada dame unas tijeras...

Ernesto no era un hábil peluquero, pero, con la ayuda de Azalea, entró con saña en aquella maraña descabellada y consiguió que los hermanos tuvieran un aspecto que terminó de mejorar notablemente una vez que se dieron un buen baño en el arroyo.

Como Ernesto medía más o menos lo mismo que el menguado Aurelio, le prestó algunas de sus ropas. Con el nuevo atavío se dirigieron los cuatro al pueblo. Rodearon el camino de la fuente, vislumbraron la plaza y pasaron de largo y, finalmente, se encontraron frente a la casa de la caprichosa Eudora.

—Eudora, sal —gritó Aurelio por consejo de los otros.

Eudora se asomó a la ventana con un mohín de enfado.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —preguntó desdeñosa.

—He venido a pedirte que te cases conmigo —gritó vacilante Aurelio, que no ter-

minaba de creerse las ventajas del plan de sus amigos.

—Ya sabes que todavía no ha llegado el momento —dijo ella irritada.

—Si no te vienes inmediatamente conmigo ya te puedes ir buscando otro novio —explotó Aurelio. Y como viera que Eudora, alta-nera, no se movía del dintel de la ventana, dio media vuelta. Pero no para volver a la casucha en la que moraba, sino para dirigir sus pasos hacia un horizonte que se perdía en lontananza.

Cuando Eudora comprendió que podía perderlo para siempre, empezó a manotear y a llamarlo.

Aurelio, para darle un buen escarmiento, le hizo caso omiso y echándose un hatillo al hombro, que para la comedia tenía preparado, fingió emprender un largo camino sin retorno.

—Aurelio, Aurelio, amor mío —chilló exasperada Eudora. Y como viera que él, en otro tiempo complaciente cortejador, no se conmovía por su voces, dio un salto rápido y se lanzó por la ventana.

Los gritos de todos los presentes se juntaron en uno solo. Estaban espantados, pero



antes de que pudieran hacer algo, antes de que tuvieran tiempo de situarse debajo de la ventana para recoger a la impetuosa Eudora, la muchacha comenzó a flotar.

Primero se asemejó a un papelillo que vuela al viento trazando extraños dibujos y después fue como una nube. Subía y subía y se iba haciendo cada vez más pequeña, muchísimo más diminuta de lo que habitualmente era.

En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en una mota de hollín en el horizonte.

Antes de que despuntara el día Azalea y Ernesto emprendieron de nuevo el camino. Aún llevaban los ojos entornados por el sueño, pero se mostraban alegres.

Como todavía era noche cerrada, resultaba difícil distinguir los contornos de las cosas. Seguramente fue por eso por lo que la joven, que en un momento dado volvió la cabeza hacia atrás, sufrió un terrible sobresalto. Y es que de repente se vio perseguida por un ejército de lenguas, lenguas solitarias y sin dueños que viajaban por el aire solas.

Azalea profirió un breve grito. Entonces Ernesto la tomó de la mano y pararon un momento el caballo. En el aire espeso de la

madrugada sólo se movían las hojas y las copas de los árboles frondosos. Y de vez en cuando algún ave nocturna volaba de una rama a otra.

—Tranquilízate, hermosa mía —dijo Ernesto y Azalea se dejó conducir, respirando aliviada porque nada de lo temido era cierto. Poco a poco se fue haciendo la luz y comenzaron a pasar ante sus ojos senderos repletos de vegetación profusa.

Pararon un par de veces para beber agua fresca de los arroyos que se encontraban al paso, hasta que el sol del mediodía comenzó a castigarlos con su dureza.

Ernesto pensó en las hermosas mejillas blancas de Azalea, en su piel delicada y fina, que empezaba a enrojecer y podría, si no se refugiaban bajo una sombra, tornarse morena.

Una doncella bonita que se precie evidentemente no puede ser tostada, así que el Príncipe dirigió sus pasos presurosos hacia una ancha encina. Allí descabalgaron y recostaron sus ya cansados cuerpos. Llevaban un par de horas en tal dulce reposo cuando acertó a pasar por allí otro ser vivo.

Debía estar vivo porque andaba; el resto de sus trazas hacían dudar de semejante esta-

do. El primero en hablar fue Ernesto porque Azalea, que en ese momento había decidido pasar a la acción y miraba con harto deseo las buenas formas del Príncipe, se sintió incomodada por la interrupción.

—Buenas tardes, buen hombre —saludó Ernesto. La respuesta llegó apagada pero clara.

—Muy buenas —respondió el intruso.

Era un hombre de buena facha. De complexión ancha y andar seguro. Y las ropas que vestía indicaban que su posición era ciertamente acomodada.

Tan sólo tenía un pequeño defecto que hacía titubear al que lo miraba.

El hombre, que dijo llamarse Ángel, estaba bastante despeinado, pero eso hasta resultaba natural teniendo en cuenta la circunstancia de que llevaba la cabeza en la mano.

El tajo debió habérselo hecho otro porque era un corte recto y limpio. Aun así, fue inevitable que la rica y costosa camisa se manchara un poco de los hilillos rojos que descendían por su cuello ancho y robusto.

La cara del hombre no era desagradable, pero, claro, así, en aquella posición, con la boca casi descansando sobre la palma de la



mano perdía el conjunto parte de su pres-
tancia.

—Ujú —exclamó Azalea. Y el hombre,
mira por dónde, la entendió perfectamente.
Sonrió con desenvoltura y le rogó que no se
asustara.

—¿Habéis tenido algún encontronazo,
alguna batalla? —preguntó el Príncipe.

—Una batalla amorosa —respondió.

—¿Cómo?... No entiendo...

—Le dije: mi amor es tan grande que me
dejaría cortar la cabeza por vos. Ella no lo cre-
yó y, ya veis, he tenido que demostrárselo.

Azalea y Ernesto se miraron y pensaron
lo mismo.

—Eudora —exclamó el Príncipe tradu-
ciendo los pensamientos de ambos jóvenes.

—¿Qué decís?

—La mujer... ¿no se llamará Eudora...?
—terció el Príncipe.

—Desde luego que no, su nombre es
Ofelia.

El Príncipe se quedó con la duda, pensa-
ba que aquella caprichosa que se esfumó por
los aires podía haber aterrizado en cualquier
villa pacífica. Pero finalmente concedió que
el mundo al fin y al cabo estaba lleno de

Eudoras aunque otros muchos fueran sus nombres. Mujeres, bah, pensó y en ese momento sintió un agudo pellizco que le retorció la delicada carne del antebrazo. Y es que Azalea tenía la virtud de adivinar sus pensamientos.

—Y, ¿qué vais a hacer? Porque seguro que ahora os rechaza... —prosiguió indagando el Príncipe.

—Todo lo contrario...

Como el Príncipe pusiera cara de extrañeza, el hombre pasó a aclararle la situación.

—Nos vamos a casar la semana que viene y seguramente tendremos una gran descendencia, que se parecerá a nosotros —en ese momento el hombre recolocó la cabeza que llevaba en la mano.

—Sí que es extraño el caso...

—Lo de ella —continuó explicando— sí que fue un accidente. De niña estaba jugando en la copa de un árbol, se cayó y se quedó sin cabeza.

—Dios mío, es horrible... —no pudo evitar decir el Príncipe.

—No creáis, es la más hermosa de los contornos. Esa circunstancia nunca la ha arre-

drado. Me gustaría que la conocierais. Ofe-
lia es la mujer más dulce que existe...

Como Azalea empezara a palidecer, Ernes-
to se disculpó alegando que tenía prisa y,
para hacer más verosímil su excusa, le pidió
miles de detalles de las aldeas próximas.

Después de una larga conversación en la
que el personaje demostró, pese a todo, ser
un hombre juicioso, lo que vulgarmente se
conoce como alguien con la cabeza sobre los
hombros, se despidieron todos.

5

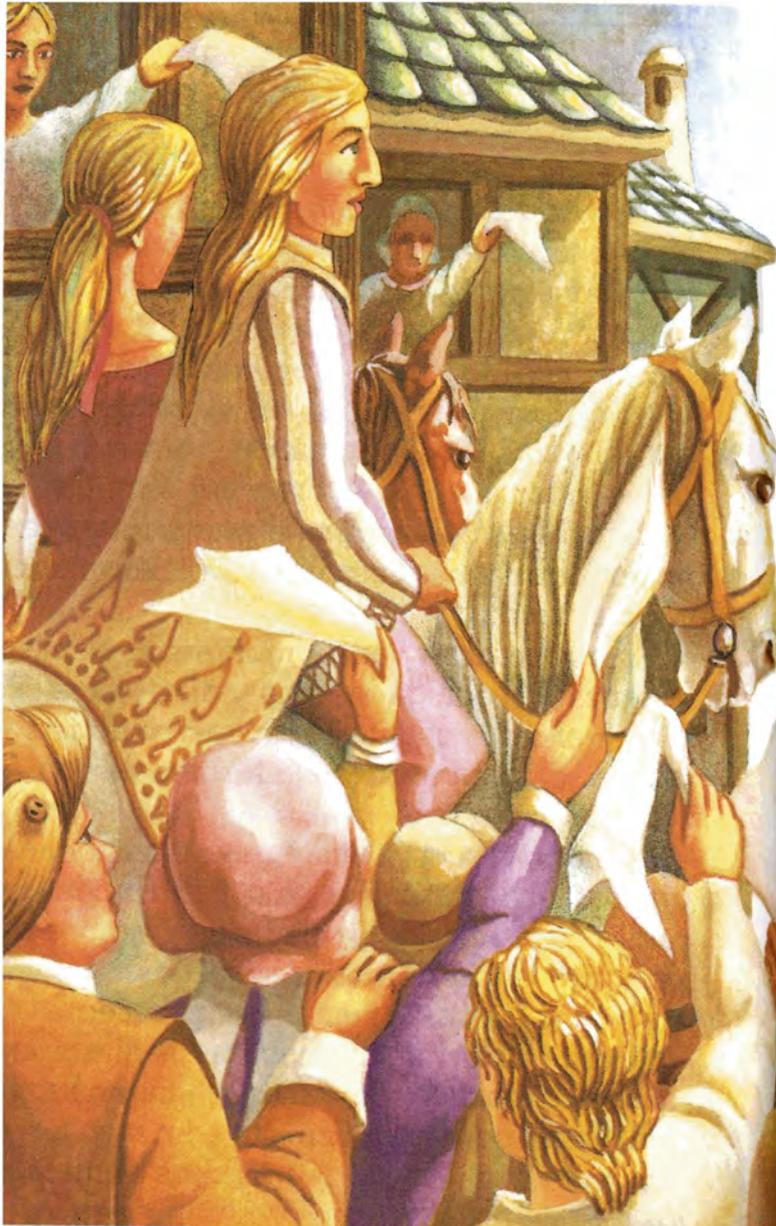
CUANDO Ángel era ya un punto muy lejano en el horizonte, los viajeros iniciaron otra vez la marcha.

Y atravesaron valles, montañas, aldeas, bosques. Y cabalgaron días y días y días. Y vieron al raso muchas veces salir y ponerse la luna. Y hasta tuvieron la fortuna de conocerse un poco más.

Ernesto descubrió que Azalea era enérgica y audaz y la muchacha se encontró con un pretendiente tímido y miedoso. Y ambos se sintieron felices con tales hallazgos.

Nunca las cosas son lo que parecen.

Pero conforme avanzaban, los días eran menos claros. Era como si se acercaran hacia una noche perpetua. Ernesto comenzó a reconocer aquella clase de helechos oscuros a los que siempre tan acostumbrado estuvo.



Y entonces supo que se iban acercando al reino del que había partido. A su país lunar.

Temió por un momento que Azalea no pudiera acostumbrarse a aquella luz de plata que era perenne y permanente allí de donde él venía. Pero en realidad bastó mirarle la cara para comprender que para ella cualquier lugar sería bueno si lo compartía con él.

Pero un infernal ruido lo sacó de estas cavilaciones. Se le erizó la piel e instintivamente echó mano de su espada.

El estrépito iba en aumento y era difícil adivinar su causa.

Estaban todos allí. Niños, jóvenes y ancianos. Y agitaban al viento manos, pequeñas banderas y pañuelos. Una salva de vítores los



recibió. Y como si fueran una sola garganta gritaban una bienvenida jubilosa.

Ernesto sintió un estremecimiento. Jamás imaginó que sus vasallos le amaran. O a lo mejor, pensó, es pura curiosidad. El espíritu aldeano tan fácilmente ganable por las novedades, por los acontecimientos inesperados. Un entusiasmo que mañana se puede trocar en rabia.

—¡Viva Ernesto! —voceaban y miraban a la muchacha con cara de complacencia.

—Ya era hora... —se oyó decir y al comentario le siguió una risotada malintencionada.

—Ha vuelto, ha vuelto el Príncipe —pregonaban los arrapiezos descalzos que atravesaban las callejuelas a la carrera.

—Pues bien, ya hemos llegado. Ya estamos en casa —dijo el Príncipe visiblemente satisfecho con el rostro plateado por la luz lunar.

Cuando entró en palacio, lo encontró todo igual. Como si durante su ausencia, el tiempo se hubiera detenido.

El nigromante, que había vaticinado su vuelta con un error de seis minutos, seguía teniendo aquel rostro ceniza que tan bien conociera. Y su amado padre, que ya caminaba

encorvado el día que lo dejó, seguía confiando en las palabras de aquel adivino que lo había librado de una muerte cierta.

—Una noche —contó— entraron a matarme.

Y Ernesto se enteró de que durante los largos meses en que estuvo fuera se produjeron varias revueltas en el reino. Una de ellas, encaminada a instaurar otra monarquía, fracasó por las luchas intestinas de la nobleza que era quien apoyaba la causa. La segunda en importancia fue la que capitaneó Recaredo, un primo de Ernesto, joven y ambicioso que, ante el vacío dejado por el Príncipe, vio el camino libre para llegar al trono.

—Recaredo estaba dispuesto a matarme con tal de ceñirse esta corona —recordó el Rey tristemente.

—Supongo que ese bastardo se estará pudriendo en alguna sucia mazmorra —señaló el Príncipe enojado. A lo que su padre respondió vivaz:

—Hijo mío, no manches la memoria de tu tío, que siempre fue un leal caballero y un hombre de bien... Y en lo que respecta a tu primo debo decir que huyó una noche mientras todos dormíamos. Y creo que no vuelve

rá nunca más, si no fallan los augurios de este hombre sabio que me acompaña siempre.

—Padre, siento haberos dejado solo tanto tiempo —se disculpó Ernesto, que sólo entonces se dio cuenta de que su noble progenitor estaba visiblemente envejecido y cansado.

—Hijo mío, cada uno tiene un destino esperándole. Y tú no has tenido más remedio que ir en busca del tuyo. Por cierto —añadió el Rey— que es muy mona la chica que has traído, aunque algo delgada para mi gusto...

—Padre... —le reconvino el Príncipe.

Para celebrar el retorno del Príncipe heredero comenzaron una serie de bailes que habrían de durar más de un mes. En ellos, Azalea se sintió parte de un mundo que nunca antes había conocido, pero también experimentó el rechazo de cierta buena sociedad.

—No es más que una advenediza sin ninguna clase —pregonaban las hijas del barón Lumpur, que eran a la sazón las más ricas, las más deseables y las más bellas muchachas casaderas del reino.

—Tampoco es que él sea como para echar las campanas al vuelo —añadían mientras miraban con ojos maliciosos al profesor de baile.

—Pero un Príncipe siempre es un Príncipe —atajaba alguna archiduquesa.

Y las niñas se reían y decían que valiente cosa debía ser tener un marido siempre ocupado.

—Con la fortuna de papá, podremos casarnos con alguien de buen porte que no tenga obligación de hacer nada.

Y no les faltaba razón y en una esquina del salón dorado, para verificar tal aserto, quince o veinte petimetres hacían sobrehumanos méritos con el propósito de ocupar tan codiciada posición.

En cuanto a Azalea, bien pronto se dio cuenta de que nada bueno podía sacar de las chácharas con archiduquesas y bellidades.

Como en las reuniones de alto estado tampoco era bien recibida, optó por pasar largas horas en la biblioteca, en donde se instruyó en nuevas lenguas y en conocimientos arcanos. Y así pasó un año...

Y un día, mientras sacaba de un estante un tratado alquímico, dio con una puerta oculta que le llevaba directamente al salón en el que se reunían los ministros.

Entró de improviso en la estancia. Y todos

se escandalizaron. Y se taparon los ojos con horror porque era la primera vez que hija de mujer alguna interrumpía trascendentales decisiones.

—Ea, señores, ya está bien —dijo Azalea en una lengua que todos entendieron perfectamente—. Les he estado escuchando y creo que desbarran ustedes sobremanera.

Y mientras los ancianos próceres la miraban con la boca abierta y los ojos desorbitados, Azalea explicó de qué manera aquel país minúsculo podía sofocar las revueltas internas, mantener a raya a los gobernantes de los reinos limítrofes, frenar la deuda externa, solucionar el problema de la sequía y rebajar los diezmos sin que las arcas reales fueran a la bancarrota.

Total, que no les quedó más remedio que reconocer que aquella joven pizpireta era toda una estadista. La mejor consejera real que imaginarse pudiera.

Y conforme se ejecutaba lo que Azalea planeaba, el país prosperaba. Por tanto a aquellos sesudos señores de largas barbas no les quedó más remedio que tolerar, en las largas sesiones gubernamentales, la presencia de la Princesa consorte.



Pero Ernesto comenzó a mostrar un semblante mohíno.

Parecía que aquel gesto tristísimo que en otro tiempo fuera tan suyo volvía de nuevo; que comenzaba a adueñarse de él una expresión cada vez más sombría.

Entonces Azalea, delante de todos y en el momento más inesperado, le ciñó la cintura. Le miró directamente a los ojos. Y con una voz nasal y emocionada pronunció una sola palabra. Una palabra que para los demás era un sonido hueco y vacío. La única palabra posible.

—Ujú —dijo.

Y Ernesto, ante el pasmo general, el embarazo de unos y otros, la rigidez de los ministros, y la risita burlona de alguna gentil dama, haciendo caso omiso del protocolo, simplemente la besó despacio.

FIN

Dolores Campos-Herrero

Dolores Campos-Herrero, periodista, poeta y narradora, es una de las voces más personales de la nueva literatura canaria.

Autora del poemario *Chanel n.º 5* y de los libros de relatos *Daiquiri* y *Basora*, obtuvo con *Azalea* el Premio Atlántico de Literatura Infantil 1993, *ex-aequo* con el escritor Sabas Martín.

TÍTULOS PUBLICADOS

Chinijo:

Alondra de las letras castigadas
de Pedro García Cabrera

Guayete:

Noticias del cielo
de José de Viera y Clavijo

Azalea
de Dolores Campos-Herrero

La Fuenteviva
de Sabas Martín

Galletón:

Aires de Lanzarote
de Ángel Guerra

BIBLIOTECA
INFANTIL
ICANARIA

La Biblioteca Infantil Canaria
nace con la doble intención de dar
a conocer a los autores canarios
y de crear lectores nuevos.

Se compone de tres niveles:

Chinijo, para los más pequeños,

Guayete, para niños de 8 a 11 años,

y *Galletón*, dirigida a edades
superiores a los 12 años.

ISBN 84-207-5699-7



9 788420 756998

1528004